

# Penumbria

Revista fantástica para leer en el ocaso



Marina

Lucía Nahela. Sara Montaña Escobar. Miguel Lupián. Georgina Mexía-Amador. Karla Arroyo. Mariángeles Abelli. Rubén Espinoza. Dilsia Zoskia. Ana Gabriela Morales Ríos. Andrea Madrueño. Dante Márquez. Yuliana Cruz. Anezly Ramírez. Lorenza Ortega. Antonio Arjona. Aline Basail. Ana Jácome. Olivia Guarneros. Román Sanz Mouta & Lorena Escobar. Dennise Alcívar. Alejandra Q. Pérez. Fabianne ESC. Daniel SanMateo. Miriam Robles. Belem Eslava. Elena Polanco. José Gaona

# Penumbria

Revista fantástica para leer en el ocaso

## Marina

Mayo, 2024



## ÍNDICE

### **Torre de Johan Rudisbroeck**

### **Tienda de antigüedades del perverso**

#### **Mefisto**

Lacrimosa

Luar

El gran pez

El arroyo de los ateteos

El día de la luz abisal

Lavandera

Al que vive para siempre jamás

Lágrimas del cielo

Néctar de la tierra

Marea de octubre

Lamentos de salmuera y sargazo

El hijo pródigo

Bioluminiscencia

Cementario océano

Los mares del plastoceno

Isópoda

Zitael 36

Pétalos rojos

Emerger

El último inmortal

El mar como leyenda

El pescador

Tiamat

La brújula

Una noche en Shanghái

Océanos

Emerge

### **Almas visionarias**

#### **Autómatas**

# TORRE DE JOHAN RUDISBROECK

Miguel Lupián

*Sé que los mares grises sueñan con mi muerte,  
sobre las sombrías planicies donde la espuma  
medita,  
entre los vientos lóbregos que braman sin  
descanso  
y nada vive en el aire olvidado.*

William Hope Hodgson

Para esta antología (que coincide con nuestro décimo segundo aniversario) decidimos que el protagonista fuera el mar, “el siempre mar que ya estaba y era antes de que el sueño (o el terror) tejiera mitologías y cosmogonías, antes de que el tiempo se acuñara en días”, en palabras de Borges. Pero no sólo el mar, también permitimos que otros cuerpos de agua nos inundaran con su extrañeza (lagos, lagunas, cenotes, lluvias, etc.).

Como siempre, la respuesta a la convocatoria superó nuestras expectativas: ¡más de 100 cuentos! Todos interesantes, todos bien escritos, todos con alma. Le dimos prioridad a los textos que lograron conectar la extrañeza intrínseca de las profundidades con el dolor y la pérdida, a los que utilizaron el agua para reflexionar sobre cuestiones sociales y ambientales.

Así, en la Tienda de antigüedades del perverso Mefisto encontrarás ciudades laguna, reencarnaciones lumínicas y transmigraciones piscícolas. Arroyos misteriosos, deidades

abisales, seres mitológicos. Sacrificios familiares, rituales sangrientos para hacer llover y el paraíso de los ahogados. Criaturas albinas entre los estromatolitos, lamentos de salmuera y sargazo, hijos monstruosos. Bioluminiscencias dolorosas, cementerios y mares de plástico. Isópodos, planetas acuosos, ríos que se llevan lo malo. Transformaciones, resurrecciones y leyendas. Pescadores, navegaciones cósmicas, guardianas del abismo. Encuentros orientales, océanos desintegradores y lecturas marinas.

El Tentáculo de obsidiana (reconocimiento al cuento que más nos gustó) se lo llevó “Lacrimosa”, de Lucía Nahela Rojo, por la forma tan ingeniosa, emotiva y poética de retratar el dolor provocado por las inundaciones.

Sólo me resta pedir que te coloques la escafandra y te sumerjas a estos mundos de extrañeza marina.

TIENDA DE ANTIGÜEDADES DEL PERVERSO  
MEFISTO



## LACRIMOSA

Lucía Nahela Rojo

México

¿Cómo un lago, mamá? Pues un lago. ¿Grande? Sí, muy grande. ¿Un lago como el de Zempoala? Esas son lagunas, y son varias, pero sí, más o menos. ¿Y dónde estaban las casas? Pues... muchas en islotes y otras no estaban. ¿Y los patos nadaban en el lago? No sé... supongo que sí. ¿Y tortugas? Sí, seguramente. ¿Y había garzas, mamá, o ajolotes o culebras? ¿Había peces, mamá? ¿Qué tal pájaros o lagartos? ¿Qué tal troncos que se hundían hasta formar bosques por lo hondo? ¡Ya sé! ¿Había aire? Aire como cuchillas entre las hojas, aire de mujer que duerme bajo la nieve, aire de hombre que fuma desde el horizonte, aire de azul que baja hasta tu balsa y la mece como arrullando. Porque para el lago somos todos niños, mamá, niños jugando a aventarle piedras, a aventarle puñitos de tierra donde luego sembramos cultivos que son tesoros. Para él somos pequeños manojos de carne jugando al conquistador, y a la sangre, rezando a sus orillas con las palmas bien juntas para esconder al ídolo; aún ahora somos a sus ojos sólo un pichón de 22 millones de bocas que beben sin cesar, que han sitiado el alimento de sus aguas con presas o diques, que han tomado sus manos de río para ponerle grilletes. Pero bueno, piensa, son criaturas, déjalos. ¿Quién puede vencer al gran lago de Texcoco? Pero, mamá... ¿Por qué estoy llorando? ¿Por qué? ¿Por qué el calor me sube desde el suelo como el aliento de un muerto? ¿Por qué el metal se me encaja en este iris y se me estrella la vista en cada piso de condominios que son lápidas, como un ave que intenta salir de una jaula que desconoce porque le parece un nido? ¿Y por qué lloras tú también, mamá? ¿Y papá? Él era fuerte, él apretaba los adentros y se acabó. Ahora se sacude como exprimiéndose,

ahora solloza sobre la comida y mientras duerme. ¿Lo has visto desde tu propia visión nublada, mamá? ¿Por qué no se nos han cansado las pestañas de llover? ¿Ya viste que la abuela y Nicolás, que Adelaida y el señor que pide dinero junto a la tienda, ya viste que ellos también están llorando el diluvio? ¿Ya viste que de tanta tormenta de ojo se han empezado a inundar las calles? ¿Viste que van las avenidas como riachuelos? Es que sí había, mamá, lirios, y sobre sus caras el reflejo de nubes engendrando un hijo que nosotros terminamos enfermando, entubando, embotellando, empacando. Y no puedo parar, mamá. ¿Por qué sigo llorando desde aquél día? ¿Por qué el de la televisión y el del supermercado, por qué la maestra y la gata del callejón? ¿Por qué han mandado ayuda del extranjero y se han perdido los primeros pisos bajo nuestra pena? ¿Por qué esta crecida, torrente abierto, nostalgia de un mundo erigido como un espejismo del litoral? ¿Y por qué lagrimea el Cristo desde su altar? ¿A él también le contaste que al margen del lago soplabla una brisa de agua salada y dulce, una caricia desde el desahucio? Ay, mis hijos, dice. Mis pobres hijos. Y yo lloro, mamá. No hay día o noche que no llore, que no lloremos todos como invocados hasta que se nos arruga la boca por la sed, hasta que se nos agrieta la cara por la sal de un agua que debemos. Dicen que ya han empezado a morir los primeros de tanto chillar, y desde sus féretros brota un cauce que anega las propias aguas. Ellos pagan al lago desde sus restos marchitos. Nos van sacando a los que quedamos en lanchas y helicópteros, pero no podemos dejar de llorar, mamá, no podremos: a la muerte se le llora. Somos de nuevo la ciudad laguna.

## LUAR

Sara Montaña Escobar

Ecuador

“Somos cazadores de muertes en escenarios fantásticos”, dices antes de tomar la cápsula que hará que tus náuseas disminuyan, mientras una enfermera inyecta en mi brazo una dosis de morfina para amortiguar la molestia de los síntomas. Nuestra muerte favorita

es la de arrojarnos dentro del mar y reencarnar como dos seres acuáticos que seguirán amándose en cada una de sus vidas.

Tomo de tu mano anoréxica y tú acaricias mi rostro cubierto de costras. Amar es ir más allá del diagnóstico y desear que la humanidad sea sólo parte de la metamorfosis. La última vez que fuimos a la playa estaba tan débil que no duré despierta más de diez minutos antes de desmayarme y tú tuviste una recaída que te dejó postrado una semana.

Toco tu cuello, la parte menos dañada de tu cuerpo. Tú acaricias mis senos y ambos simulamos que somos capaces de sentir deseo. Pero el dolor es la única persistencia que embiste nuestro cuerpo.

—Morir en las fauces de un caballo —susurras insinuante para dar rienda a nuestro juego favorito— y traumatizar con la escena a un montón de niños ricos.

—Morir en un escenario— prosigo—: al hacer un *split* se fracturan mis piernas frente a los ojos de bailarinas bulímicas que se disputaban, hambrientas, el papel principal.

Tenemos veinte años y en unos meses estaremos en cajas sepultadas bajo tierra. Por eso fantaseamos con la idea de ser los protagonistas de una tragedia que ocurra a la vista de cientos de espectadores. Como todo enfermo terminal queremos que nuestra muerte tenga sentido.

“Es el día”, murmuras en mi oído y siento que tu voz es una ola que se convierte en un pez dentro de mi tímpano. Te conocí en la sala de oncología y al mirar tu médula ósea estática dentro de una caja petri comprendí que eras el líquido amniótico que me trajo a este mundo.

Escuchamos las olas, vomito un poco antes de dar otro paso. La sangre se pierde entre la arena. Tú respiras con dificultad. “Esto no es vida”, nos dijimos la semana pasada y estuvimos de acuerdo en morir juntos porque si el amor no ha podido salvarnos, al menos nos mantendrá unidos hasta el último segundo.

Es de madrugada y no hay transeúntes. Unas cuantas embarcaciones se alejan de la orilla e imaginamos que son piratas en búsqueda de un nuevo tesoro.

No lo pensamos demasiado. No queremos prolongar este sufrimiento. Con todas

nuestras fuerzas nos arrastramos hasta sentir que nuestro cuerpo desaparece dentro de la espuma. Antes de perderme exhalo un te amo y tú respondes: “Hasta nuestro próximo sueño”.

Despierto en una cama de color azul. La habitación es de coral y hay burbujas por toda la hidrósfera. Me arrojo al piso mientras la aleta que ahora usurpa mis piernas se retuerce como un pez que no sabe nadar.

Miro el rostro que soy en el espejo: mi piel es azul, tengo la piel escamada, dos ojos que ocupan la mitad de la cara y una boca enorme que se prolonga hasta los bordes de mi rostro. Quiero llamarte, pero emito un sonido que no es capaz de pronunciar tu nombre humano. Salgo de la habitación y otros seres parecidos a mí me saludan e inmediatamente entiendo su lenguaje. Me recuerdan que no llegue tarde a la fiesta de bienvenida.

Salto, doy unos cuantos brincos, poco a poco controlo mi nueva extremidad. Nado por pisos que se sumergen en lo inhóspito; a medida que desciendo, mis escamas resplandecen. Soy ágil como el resto de peces. Ya no tienen que cargarme para movilizarme, ningún líquido quiere salir por mi boca, no tengo que detenerme porque olvidé algún medicamento, no hay restos de comida sanguinolenta en mis comisuras. Sé que estoy llorando, aunque todo aquí sea humedad.

Llego a un salón adornado con conchas, perlas y algas en sus paredes. Hay sirenas de color turquesa, rojo, carmesí, rosado, amarillo. Los tritones son más musculosos y no tienen senos.

Me lleno de éxtasis ante el escenario que se presenta como mi nueva forma de vida. Río, y para hacerlo mi boca se extiende mientras mi lengua se mueve de arriba abajo como un tentáculo incontrolable. El programa empieza, una sirena nos da la bienvenida y en un momento todos bailamos al ritmo de corazas de cangrejos, bufidos de ballenas y el coro de un grupo de delfines. Bebemos agua de mar fermentada con baba de caracol, nácar y esencia de pez globo. Quedamos paralizados por unos segundos hasta que la electricidad enciende cada parte de nuestras células. De repente, todos somos incandescentes. Lo que

sucede a continuación es lo más parecido a perder el control en una fiesta terrestre: unos cuantos se aparean, otros vomitan, algunas sirenas se desnudan y encienden aún más a los tritones que las desean. Yo sigo buscándote. Yo quiero ser feliz, pero sin ti no puedo serlo.

Pasan los días y nadie sabe de la existencia de un nuevo tritón. Me informan que, además de mí, no hay un mortal que haya reencarnado en el reino marítimo desde hace siglos. Y así será en las próximas semanas, en los próximos meses, en los próximos años, en las próximas décadas.

Con el tiempo me acostumbré a tu ausencia. Me casé, tuve dos hijos, mi esposo murió por una bacteria incurable. Viví con resignación la existencia que siempre quise contigo. Tengo doscientos años y estoy al borde de la muerte. Agonizo y me desbordo en el amor que te tengo. Me despierto como una estrella en el cielo nocturno. No hace falta buscarte. Tú resplandeces a mi lado. “Por fin podemos estar juntos”, escucho tu voz en un destello de luz. Me confirmas la causa de tu ausencia que tardé años en aceptar: moriste antes de llegar a lo profundo del océano. Te pido perdón por hacerte esperar una vida. “No importa”, respondes con una luminiscencia. Ahora estamos juntos. En esta eternidad y en todos los infinitos.

## EL GRAN PEZ

Miguel Lupián

México

El abuelo solía contarme que allá, detrás del manglar, habitaba El Gran Pez, una extraña y enorme criatura que rondaba la costa en busca de pescadores distraídos e inexpertos; que, si las matemáticas no le fallaban, ya había devorado a más de dos mil. Por supuesto, yo no le creía, pero me encantaba escuchar sus historias mientras descamábamos los pescados que papá traía para la cena.

Años después, cuando el abuelo ya no podía contar historias ni levantarse de la cama, me pidió que lo llevara a la orilla del mar. Acepté, imaginando que se trataba de su última voluntad. La mañana estaba a punto de romper, la bruma reptaba sobre la playa: un ambiente de ensueño. Al llegar, el abuelo se despojó de sus ropas y, mirándome con sus ojos deteriorados por las cataratas, me dijo: “Me voy con El Gran Pez”. Me quedé impávido, como madero de malecón, viéndolo atravesar la bruma y sumergirse en el agua lentamente hasta desaparecer. Cuando pude reaccionar, corrí a la casa gritando: “¡Papá, papá!”

Durante dos semanas buscamos sin éxito el cuerpo del abuelo, resignándonos a no darle santa sepultura. Sin embargo, en el último viaje encontramos a El Gran Pez durmiendo entre el manglar. Papá alistó el arpón. Yo me quedé detrás de él, aferrando con fuerza uno de los remos. Su tamaño era soberbio y su cuerpo, refulgente. Papá levantó el arpón y, cuando estaba por clavarlo en el lomo de la magnífica criatura, se detuvo. El Gran Pez había despertado y nos miraba con algo parecido a la ternura. Detrás de las escamas y de su tremenda boca, pudimos distinguir el rostro arrugado del abuelo, sus ojos ultrajados por las cataratas, su sonrisa desdentada.

Papá soltó el arpón y nos alejamos en silencio, atravesando la bruma matutina.

## EL ARROYO DE LOS ATETEOS

Georgina Mexía-Amador

México

Papá lleva cuatro años del otro lado y tío Lucio acaba de volver de Sinaloa. Cuando los perros ladran en las noches, él sale con la escopeta cargada a ver quién ronda la casa. Abuelita le dice que no es nadie, que son sus pesadillas las que le hacen imaginar que lo persiguen, pero tío Lucio no la escucha.

Él dice que “los chicos malos” lo buscan por teléfono, lo quieren convencer de que se regrese a Los Mochis y se les una. Al fin que estuvo bien entrenado en el ejército. Pero

tío Lucio no quiere ir con ellos. Se despierta inquieto en la madrugada y se encamina al arroyo que corre al fondo de la barranca, ahí donde Abuelita dice que se aparecen los ateteos. Ella me dice que no vaya para allá, porque les gusta llevarse a los niños. Pero yo quiero verlos y comprobar si es verdad.

Estoy contenta de que tío Lucio esté en casa. Nos sentimos seguras con él. No sabemos cuándo volverá papá. El tío juega con nosotras, nos recoge de la escuela y nos prepara churros con chocolate. Él no cree en los ateteos, dice que son sandeces que inventan Abuelita y la gente del pueblo. Los ateteos primero parecen espuma que se disuelve en el agua, pero luego cobran aspecto de niños que te llaman y te ahogan. Ni siquiera eso apaga mi curiosidad. Al atardecer bajo al arroyo y me siento en las piedras. Espero. Me mojo las piernas en el agua, pero nada sucede.

Estos últimos días tío Lucio está diferente. Ya no nos recoge de la escuela y se molesta si le pedimos que nos haga churros o flan. Se duerme con la escopeta. Nos ordenó que durmamos con Abuelita.

Esta noche se escuchan cuetes a lo lejos, por el rumbo de la iglesia, pero ya es muy tarde como para que se trate de una fiesta. Los perros ladran. Escuchamos los pasos de tío Lucio entre la yerba seca y echa un tiro de la escopeta al aire. El tronido de los cuetes le responde, esta vez más cerca de la casa. Entonces tío Lucio entra en la habitación y nos ordena que nos tiremos al piso.

Abuelita tiembla. Nos abrazamos. Mis hermanas sollozan. No comprendemos qué pasa. Sin decir nada, tío Lucio corre al monte en medio de la oscuridad y dispara. Le responden. Una bala atraviesa uno de los vidrios de la ventana. Ya no podemos contener los gritos. Los disparos continúan allá afuera, en la oscuridad. Aún no nos damos cuenta de que sangramos. Abuelita se arrastra por el suelo hacia la puerta de atrás de la habitación y la abre temblando. Podemos huir hacia el arroyo de los ateteos, en sentido opuesto a los disparos.

Seguimos a Abuelita. Salimos a rastras de la recámara y no nos atrevemos a ponernos de pie todavía, así que nos seguimos arrastrando un buen trecho por el campo de tierra.

Escuchamos el agua melodiosa del arroyo entre las ráfagas de los disparos. Tío Lucio sigue respondiendo con la escopeta. Abuelita nos sujeta en la oscuridad cuando llegamos al borde de la barranca y ahora sí nos incorporamos un poco más para bajar por el terreno de tepetate. El sudor baña todo mi rostro. Jadeo. No puedo ver nada. Resbalo, tropiezo, pero sabemos que es la única manera de huir.

Estamos a punto de alcanzar el arroyo cuando los disparos cesan. Ya no se escucha la escopeta. Una ráfaga de disparos ilumina el monte, arriba de la barranca, y escuchamos cómo revientan vidrios, tabiques, cazuelas, trastes, puertas. Abuelita solloza, pero no deja de apretarnos contra su pecho. Nuestros pies se hunden en el agua del arroyo y, a lo lejos, de manera inesperada, distinguimos un insólito resplandor azul. Abuelita se detiene, se niega a avanzar, como si supiera lo que esa luz significa. Está paralizada, no sabemos qué hacer o a dónde ir, cuando de pronto, al borde de la barranca, alguien corta cartucho y grita, como si hubiera olfateado nuestra sangre.

Hay desconsuelo en los ojos de Abuelita. Nos suelta y nos ordena con su voz de granizo que avancemos hacia el resplandor azulado, que ya se despliega a nuestro alrededor. Una espuma cristalina nos rodea y cobran forma unos niños sonrientes que juegan y nos llaman hacia la fuente de la luz azulada. Me vuelvo a buscar los ojos de Abuelita, pero soy incapaz de verla, como si la barranca, el monte y el mismo arroyo hubieran desaparecido. Los niños se acercan a nosotras, nos extienden sus manos, se ríen. Son hermosos, blancos, de profundos ojos rojos.

De pronto, como si fuera un sueño, escuchamos cómo cortan cartucho dos, tres veces arriba de nuestras cabezas. Los niños nos sujetan manos y piernas y nos jalan sin piedad hacia el fondo del arroyo. El resplandor azulado desaparece, y en su lugar sólo se extiende una negrura infinita que me revienta los pulmones. Lo último que escucho son risas, disparos y el ladrido de los perros.

## EL DÍA DE LA LUZ ABISAL

Karla Arroyo

México

No podía darme el lujo de llegar tarde. Uno, me lo había prometido: llevaba una racha de puntualidad como nunca antes. Y dos, era impensable hacer esperar a Roberto, sobre todo después de establecer los acuerdos para no perder la custodia de las niñas.

Es fácil dejar de lado lo que me involucre directamente, postergar chequeos médicos, cancelar citas en la estética o cualquier cosa que sea para beneficio propio, pero no cuando se trata de Yolanda y Maricarmen.

Oigo un cohete a la lejanía y por un impulso recién aprendido hice la señal de la iluminación mirando la imagen pegada en el tablero del coche.

Tengo que llegar a tiempo. Las encontraré muy bien peinadas con esos moños de sirena que adoran... habilidad que nunca dominé y que Dalia parece perfeccionar cuando está con ellas.

Esta vez no me verán llegando con cara de estúpida, pidiendo disculpas por el retraso.

Estaría ahí a tiempo, las vería salir de esa odiosa casa de muñecas de su madrastra para recibirlas con un beso libre de olor a alcohol. Además, estaba invitada al templo porque... Otro cohete me hace recordar qué día es hoy... ¡Maldita sea! Es día de peregrinaciones, ya se me hacía raro que me pidieran que los acompañara al templo.

Aún no puedo acostumbrarme a las tradiciones de este pueblo pesquero, todo mundo es muy riguroso con las festividades. Nunca fui religiosa, y heme aquí contemplando un imán con la imagen de la Luz Abisal. Algo me repelía de ella, pero a pesar de todo la tenía ahí como pantalla, para que Yoli y Mari supieran lo buena que soy. Además, era capaz de convertirme al culto por ellas.

Me esforzaba por encontrar algo significativo en aquella representación de mujer pez con extremidades tentaculares, pero su rostro me causaba aversión; con el entrecejo fruncido, mirada penetrante y unos pequeños colmillos que le asomaban de esos grandes

labios azules de verdad no sentía ningún vínculo genuino con la deidad ni con sus adeptos.

Un cohete más cercano me confirmó lo que tanto temía, una peregrinación; una masa de gente que abarcaba toda la avenida. Las escamas de plástico coloridas de los trajes, las lentejuelas y apéndices largos y brillantes reflejaban los crueles rayos del sol. ¿Por qué decidieron usar justo este camino secundario?

La multitud de túnicas bailaba al son de los instrumentos de viento, los tambores llevaban un ritmo que me retumbaba dentro, era inevitable no ceder al trance. Lo último que recuerdo es haber apagado el motor y con él mis pensamientos, mientras la imagen de La Iluminada subía y bajaba al paso de los fieles que la llevaban en hombros.

Sentí escalofríos intensos recorriéndome. La Luz Abisal dirigía sus ojos de vidrio hacia mí, dos luces violetas penetraron los lentes oscuros y llegaron a mí como ráfagas que ardían... ¿Había girado su terrible cara hacia donde yo estaba?

—Mírame, hoy es el día en que te acogeré como una de mis hijas.

El cuerpo dejó de responderme.

—Deja que mis brazos te den la bienvenida, libera tu mente entre mis ventosas y bríndame tus labios para bautizarte.

La cabeza me pesaba tanto que cayó hacia atrás.

—A cambio te ofrezco el amor incondicional de tus hijas.

\* \* \*

Descendí en un pozo de aguas turbias. Mi cuerpo flotaba hinchado en sal.

La piel comenzó a desprenderse, pedazos de ella servían de alimento para monstruosos peces, con hileras de dientes como dagas y apéndices con luz intermitente.

Gelatinas informes con decenas de ojos rozaban con un tacto ácido lo que quedaba de mí, los despojos se asentaban en el fondo lentamente.

Negro total...sin sonido alguno. Las diminutas burbujas que me rodeaban se iluminaron por un breve instante y se elevaron hasta perderse en un punto lejano.

¿Sería eso una especie de luna acuática? No podía dejar de contemplarla, su brillo cada vez más intenso me transmitía paz, una que jamás había tenido en toda mi jodida

existencia. La luz tomó forma, una conocida y de la que sentía repulsión.

Distinguí su sonrisa, era perversa. ¿Qué podía hacer contra ella?

—Ámame más que a todo lo que tienes allá arriba y yo te daré lo que me pidas.

Por un momento pensé que terminaría devorada por esos colmillos.

—Ámame sólo a mí y no necesitarás nada del mundo.

Comenzó a soplar burbujas que se unieron en una sola para ir a posarse sobre los restos del cuerpo. Mi cerebro quedó cubierto por una gran cápsula de aire y le brotaron largos filamentos. Nos hicimos un solo ser: una medusa. Traté de escapar, me dio ventaja unos cuantos metros para después alcanzarme cuando casi lograba llegar a la superficie; sus largos tentáculos se enredaron con los míos, después me rodearon para acercarme a ese cuerpo iridiscente y escamoso

—Ámame.

Me abrazaba tan fuerte que mi piel ponzoñosa dañaba la suya, hasta que vibró en éxtasis de dolor. Luego se iluminó por completo, cegándome.

Cedí a su beso de muerte.

\* \* \*

El insistente ruido de los cláxones me trajo de vuelta. En mi desesperación por llegar casi me impactó dos veces. Por la prisa, apenas vi las quemaduras con patrones de rayos en la piel.

Alcancé a llegar justo cuando mis niñas estaban subiendo al lujoso auto de Dalia.

Me saludaron agitando sus regordetas manos morenas y al unísono dijeron: “Síguenos, mami”.

Traté de ser cuidadosa al manejar porque me sabía observada. Al llegar al templo del viejo malecón dudé en entrar, pero ya me esperaban: encontraron lugares en la misma hilera. Quedé en un ángulo en el que la grotesca sirena me veía de lleno. “La Luz Abisal siempre vigila”, rezaban los pendones suspendidos de las vigas.

—Ámame —oí en mi cabeza.

Yoly se acercó a mi oreja:

–Hoy se sacramenta a los nuevos miembros.  
–¿Te animas, mami? –dijo Mary susurrando.  
–No tienes miedo a sumergirte en el mar, ¿verdad? –unieron sus voces en un coro que me heló, mientras apretaban fuertemente mis manos.

## LAVANDERA

Mariángeles Abelli Bonardi

Argentina

Tararea para no aburrirse. Ya ha lavado medias, pantalones, camisas y enaguas, y aún le quedan las sábanas del castillo. Mientras enjabona y golpea el lienzo contra la roca, se dice que fue por eso, por sus manos reseca, que el hombre que siempre amó nunca puso en su dedo un anillo de oro...

Enjuaga las sábanas y algo llama su atención bajo el agua: irisado y traslúcido como la escama de un pez, tiene la misma forma pero ocupa la palma de su mano. Lo seca con los pliegues de la falda y se lo guarda en el bolsillo: no será un caracol, pero es el adorno perfecto para hacerse un collar, uno que a ningún hombre –ni siquiera a esos que no ponen anillos de oro– dejaría indiferente...

Se dispone a irse, pero una mano en su muñeca hace que ahogue un grito: ese ser con torso de hombre y cola de pez le pide mudamente que lo ayude... Intenta resistirse, pero no puede rehuir a su mirada: lo alimenta con frambuesas que ha juntado y le dice que descanse y que se esconda; que mañana volverá con más sábanas y prendas que lavar, y al otro día le ofrece una hogaza que trae escondida en la cesta de mimbre...

Ya no le pesa venir a lavar al río. Ya no ama a ese hombre ni quiere el anillo que siempre anheló. Ahora tiene ojos que la miran, brazos que la abrazan y su propia cola iridiscente, ésa que, ya liberada de la falda, se enreda en la del tritón y siente el agua voluptuosa por primera vez...

## AL QUE VIVE PARA SIEMPRE JAMÁS

Rubén Espinoza

México

Azul espuma mareo, azul espuma mareo, verde espuma mareo. La vista se cansa de la monotonía. El mar es para los que disfrutan las variaciones sutiles, para aquellos que pueden distinguir si el agua va o viene, para esos que ven la luz más allá de la superficie y de esta manera distinguen el bosque marino que se desliza debajo de nuestro pequeño bote, mientras mi pequeño me pregunta nuevamente: “¿Por qué lloras?”

Deslizarse sobre las olas suele ser un momento único para un padre y un hijo, pero hoy no sé qué papel es el que yo juego, no sé si soy un padre o un hijo mientras encuentro injusto tener que ser el compañero de cada uno de ellos para partir a un lugar del que ya no podrán volver. Verlos perderse en el abismo que nos mira, como si fueran capas que se deslizan hasta el infinito con nosotros en un bucle, que repite ese momento en cada una de ellas, sin poder descansar y sin poder detenerse.

Todo parece quieto, aunque nada lo está. Fluimos entre el cielo y el mar que reclama un cuerpo a rugidos porque su vida ya es débil y necesita dormir. Me pregunto quién viajará conmigo cuando llegue mi momento de partir. Es una desgracia saber que de nuevo regresaré solo mientras me ataca la monotonía de los colores y de las texturas en un horizonte nauseabundo que huele a rosas y pescado podrido.

Hay secretos que las personas no pueden encontrar, que deben perderse en el fondo del mundo y ser devorados por otros secretos. El comprenderlo no hace que sea más sencillo, ningún padre debe enterrar a sus hijos, dicen que no existe una palabra que pueda describir esa terrible sensación. Me pregunto si existirá una palabra para describir el dolor de un padre que debe tirar a su hijo al mar para que nadie se pregunte por qué su cuerpo no se descompone.

Las señales de ese momento suelen ser inequívocas, todo comienza en el vientre, con el llanto que se escucha a pesar de no haber nacido. Continúa con ese terrible aroma

a rosas que no se quita en ningún momento. Una vez que comienza este síntoma no se detiene y sólo se incrementa hasta el momento de la muerte, que inevitablemente ocurre durante la próxima semana. Mi pequeño no sabe nada de esto, no tuve oportunidad de explicarle la maldición que aqueja nuestra familia; ni a él ni a su madre.

El día de ayer desperté por ese terrible perfume que me condujo hasta él, no pude parar de llorar desde que lo distinguí. Maldecía al mundo por obligarme a revivir lo de mi padre, maldigo nuestra sangre por obligarnos a morir de esta forma y me pregunto por qué, si sólo tiene 7 años...

Quisiera hablar con él de cosas importantes, guardarlo un poco más en mi memoria, pero el mar está cada vez más turbulento: reclama a mi niño o a ambos de ser necesario con tal de que los secretos continúen guardados. Azul espuma mareo, azul espuma rosas, rosas nauseas y llanto.

Me acerco despacio, no puedo soportar su aroma, lo abrazo con asco y con un amor infinito. Él no entiende lo que está pasando, su intuición lo mantiene alerta. El bote se mueve violento, la tormenta comienza con un rayo que cae tan cerca que juraría que lo escuché antes de verlo. Lo siento temblar mientras se aferra a mí como si fuera el mástil de nuestro pequeño barco. Con fuerza separo sus brazos, lo levanto y de un solo movimiento lo hago caer. El agua lo reclama con tanta prisa que ni un segundo pude verlo flotar. El aroma a rosas se va perdiendo poco a poco, aunque permanece aferrado a mi ropa. Me la quito y la arrojo también al azul para dejar de percibirlo. Mi piel mantiene su aroma, es insoportable. Me arrojo también de ese barco.

Despierto por el sol que quema mi rostro, aún no ha llegado mi momento. Azul espuma mareo, azul espuma ...

## LÁGRIMAS DEL CIELO

Dilsia Zoskia

México

*No escatimaremos recursos, ni descansaremos hasta lograr que se haga justicia por estos dos pequeñitos, Ari y Ally, que no debieron morir de forma tan horrible.*

Los periodistas del Sol de Texmala se arremolinaron buscando obtener más declaraciones de Miguel Gracia, el presidente municipal, resultando imposible ya que lo rodeaba un imponente equipo de seguridad. En la sala de espera del cabildo lo aguardaba don Teodorito Vargas y su esposa, padres de los niños asesinados. Serían fáciles de despachar: un apretón de manos, el ya sabido lamento sobre su irreparable pérdida y luego su dinerito para los gastos funerarios y dejarán de joder. Estos perros flacos prietos de sol, con sus gorras descoloridas con la imagen del partido ganador de las elecciones pasadas, se conformaban con tener algo que comer. No tenían ni tiempo ni ganas para llorar a sus hijos. Tenían tantos en camadas que unos menos ni se notarían a la hora de cenar. Además, había una cuestión más urgente por atender con respecto al abastecimiento de agua y la sequía presente en toda la entidad.

*Que dios me lo bendiga, usted si es bien diferente a los otros, usted y el mero Presi Robledo de la capital. Gracias por el apoyo, porque no teníamos con qué enterrar a los chiquillos.*

La secretaria de Gracia abre la puerta y el presidente se levanta para despedir a Teodorito y a su mujer, que intenta abrazarlo, pero él la frena con un potente apretón de manos.

Al salir, la empleada toma un aspersor con esencia de cedro y lo irriga por la oficina. Sabe las manías de su jefe y su aversión al olor a sudor terroso, a la ropa sucia de la gente del pueblo. Sin decir nada se retira de la oficina mientras el funcionario medita con la cabeza recargada sobre sus manos enlazadas, sentado en el sillón de shiatsu ejecutivo. Piensa en exigir más a su equipo y tomar las acciones necesarias para atacar la sequía. El día en que los hermanitos desaparecidos fueron encontrados al fondo de la ardiente

y polvosa barranca, llovió un poco por la madrugada y el sentir de la gente se dividió entre la indignación por el crimen y la breve alegría por la escasa agua que había caído del cielo. En definitiva debía presionar más a su equipo de especialistas para que con sus conocimientos hicieran llover. En otros países bombardeaban las nubes, pero resultaba costoso. El método recién aplicado en Texmala era mucho más accesible para la economía del municipio.

A fines de abril viajó en compañía de los ingenieros y ambientalistas de su equipo de profesionales, que habían encontrado la manera más económica y práctica de hacer que la lluvia llegara. Por la tarde se entrevistó con la madre Rangel, la monja a cargo de la iglesia-hogar, a quien le donó una fuerte cantidad de dinero junto a la promesa de tener a su resguardo a la mayor cantidad de pequeños huérfanos posible. Siempre había que prevenir, los niños debían estar en un lugar seguro donde pudieran ser vigilados.

Por la noche, Miguel Gracia y su comitiva ingresaron a la rústica edificación donde la madre Rangel cuidaba a los pequeños. Avanzaron por los patios y se regocijaron con el jardín decorado con las esculturas de dioses aztecas, patrimonio cultural recién descubierto hacía pocos años. Aspiraron con placer el olor de las flores, el frescor de los árboles y las fuentes de cantera en donde el agua fresca y potable no eran problema. Entrar ahí era llegar a un verdadero oasis, lejos del polvorín del resto del pueblo. Los estaban esperando para hacer llover. La mesa estaba dispuesta, comida y bebida en exceso. Frente a ésta se hallaba la enorme pileta del criadero de carpas con las que la congregación de monjas se ganaba algo de dinero para sufragar los gastos de la manutención de los niños.

Las antorchas se encendieron dando al patio un ambiente íntimo de bienestar. La madre Rangel se presentó de la mano con dos pequeños de no más de diez años de edad. Todos los comensales aplaudieron cuando los desnudaron y con brocha de pintar les embadurnaron el rostro con pegamento amarillo, colocándoles unas mascarillas de madera de ahuehuete, grabadas con la imagen de Chalchitlicue, la Señora del tercer cielo. Algunos varones se colocaron en formación frente al espejo de agua y sacándose las vergas se masturbaron hasta eyacular en el agua; las mujeres sólo miraban, cantando rezos

en náhuatl. Gracia logró contener el vómito cuando observó cómo todos los asistentes golpearon y mordieron al par de chiquillos, violándolos en el piso, al borde de la pileta. El nado lento de los peces y la saña mostrada a los niños eran un contraste muy difícil de asimilar. Al final, su deber era arrojar los cuerpos dentro de la pileta para que terminaran ahogándose.

Por la madrugada, al concluir la reunión, el ingeniero Montaña dio un par de palmadas amistosas en la espalda de Gracia.

*No se fije, mi presi, ya vimos dónde estuvo la falla: los hermanitos de la barranca fueron ofrecidos en lo seco, por eso llovió poco, pero con estos vatos ahora sí se va a caer el cielo. Hay que tener un chingo de fe.*

A las tres de la madrugada comenzó a llover. Miguel encendió la vela de la mesita del buró, abrió con algo de esfuerzo la ventana. Sacó el brazo para sentir la lluvia. Era refrescante, aunque algo densa con una consistencia como la de la saliva; la frotó entre sus dedos y la miró en la penumbra. Tenía un color terroso como el óxido. *Será otro detalle que hay que afinar*, pensó mientras se limpiaba lo viscoso en la cortina de la ventana. Acostándose, bostezó y se dispuso a dormir.

## NÉCTAR DE LA TIERRA

Ana Gabriela Morales Rios

México

*Alas se necesitan para ir mas lejos, allá por el lugar de los muertos.*

*La madre tierra agoniza.*

Celerina Patricia Sánchez Santiago

(escritora y promotora del pueblo ñuu savi, pueblo de la lluvia)

Nunca aprendí a nadar. El aguacero majestuoso del mar, la furia y profundidad de los ríos me provocaban una angustia difícil de controlar. Como todas las contradicciones que han

marcado mi vida, el agua también fue refugio. A veces cerraba los ojos y me imaginaba Yo Ajolote flotando boca arriba junto a los peces plásticos de colores que enganchaba de niña en la vieja feria del pueblo. Nada me atrapaba, permanecía silenciosa en mi sueño ingrátido hasta sentirme mejor. Regresiones al vientre de mi madre, tal vez.

No quiero recordar los motivos que me hicieron creer que en el norte del continente podría conseguir el dinero que necesitaba con urgencia, ni cada una de las calamidades que soporté para atravesar el país y llegar a la frontera que se resumen en más de quince días de amontonaderos en los camiones de redilas y tráileres, cientos de horas bajo el sol calcinante, manoseos y amenazas, lágrimas y soledad, el dinero que tuve que pagar y el que me robaron, junto con el poco equipaje que llevaba.

Llegando al río supe que lo peor estaba por venir, a escasos metros de la meta. Ya no podía regresarme. ¿Qué les diría, cómo justificarme? Di los primeros pasos y muy pronto el agua del río llegó hasta mi cintura, mis hombros, mis pies dejaron de hacer contacto con la tierra del fondo, luego el pánico, la dificultad para respirar, la fuerza de la corriente arrastrándome y el agua espesa, lodosa, entrando por mi nariz y boca, mis ojos abiertos que no alcanzaban a ver nada y mis brazos agitándose buscando una orilla. Creo que perdí el sentido por algunos segundos, no vi luces al final del túnel ni me llegaron imágenes de lo que había sido mi vida hasta ese terrible instante, sólo vacío, oscuridad...

Entonces abrí los ojos y fue la luz matinal que penetró deshaciéndose en colores que no sabía que existían, los brazos de varios hombres y mujeres me sacaron del agua y cuidadosos me recostaron bajo la sombra de un sauce. Alumbramiento. Alguien secaba mi cuerpo y me daba la bienvenida a nombre de Chalchiuhtlicue. Desconocí por completo el lugar, sorprendida miraba hacia todas direcciones y el cinturón de pobreza que acababa de cruzar había desaparecido. Tampoco había gringos, ni *malls*, ni agentes aduanales.

No sé cuántas horas han pasado, intento comprender este sitio que hasta ahora es como un portal a lo que debe ser vivido. Dos niñas tienen el papel de guías, brújulas que me ayudan a construir un mapa mental que le de sentido a los senderos que se ocultan en verdores de flores, árboles y arbustos. En las orillas del río se han colocado altares,

pequeñas ofrendas con todo lo que emerge de sus aguas: frutas, más flores, vasijas, cántaros con pulque y mezcal, máscaras de totemoxtle y cerámica, esculturas de piedra, caracoles, conchas. No logro distinguir entre cielo, agua y tierra. Todo se unifica, fluye, colma.

¿Cómo se llama este lugar?

Tlalocan, contestan.

\*\*\*

DIARIO FRONTERIZO. El espejo de nuestra sociedad informando.  
*Piedras negras, Coah. El día de hoy se recuperó el cuerpo de una migrante en el Río Bravo, se calcula que tenía dos días bajo el agua. No ha sido identificada, ya que no se encontraron sus pertenencias. Vestía pantalón azul de mezclilla, camiseta negra de manga corta y tiene un tatuaje de un ajolote en la muñeca izquierda. La cifra hasta el momento alcanza las 48 personas muertas por ahogamiento en lo que va del año...*

## MAREA DE OCTUBRE

Andrea Madruño

México

Caminaba por el sendero de palmeras cuando fui interrumpida por un grito: *¡Señora, cuidado con los cocos!* Me aparté de un salto y miré al cielo para ubicar el peligro que me acechaba. Cegada por un momento, mis pupilas tardaron unos segundos en adaptarse a la intensa luz caribeña. Colgando indolentes, los cocos se balanceaban sobre mi cabeza, mecidos por la brisa. Al resguardo de la sombra, localicé la silueta del encargado del hotel. Su sonrisa desdentada me desconcertaba. No estaba segura si se burlaba de mí o con cuánta seriedad tomar su advertencia. Quizá la amenaza de los cocos era más real de lo que yo daba crédito y esa sonrisa chimuela de bucanero era la prueba. En todo caso, procuraría evitar el sendero de las palmeras.

Mi hermano había pasado sus últimos días en estas habitaciones. De algún modo las supersticiones y advertencias del encargado del hotel, el señor Colin, sonaban muy pertinentes en este viaje tan raro. *Le ofrezco disculpas. En cada habitación debe haber un atrapasueños, pero el de la habitación 10 estaba muy desgastado y lo tuvimos que retirar.* Como si en lugar de un simple adorno de pared lo que se hubiera estropeado fuera algo esencial como un mosquitero o el aire acondicionado. El señor continuó explicando: *Esta noche desconfíe de todo lo que escuche o crea ver. La luna está creciendo y bajo su brillo todo luce más extraño.* Mientras me entregaba las llaves, las palabras aguardentosas y mirada de náufrago del conserje eran reflejo de sincera preocupación.

Dando vueltas sudorosas en mi cama durante la madrugada, en efecto, lamenté no tener ningún artilugio o mecanismo para apaciguar mis sueños. Pesadillas febriles me mostraban a mi hermano flotando en la quietud turquesa de las aguas. Un par de peces grises se refugiaba en las cuencas vacías de sus ojos y su dedo inerte señalaba al suelo fangoso. Ahí, una cabeza de ternero reposaba entre las algas del fondo acuático. Jonás y yo éramos gemelos. Yo había nacido minutos después que él. A finales de este año habríamos festejado nuestro cumpleaños 40. Por primera vez soñaba con él, después de la absurda experiencia de organizar su velorio sin un cuerpo presente. Haciendo mi mejor esfuerzo por conciliar el sueño, traté de tranquilizarme a pesar de la marea de octubre, que se ensañaba lanzando olas altas contra el muelle, rezumando quejidos en un lenguaje antiguo.

Jonás era fotógrafo profesional y sus últimas imágenes eran de aquel poblado maya y su laguna, famosa por las siete tonalidades en las que se descomponía, de acuerdo a las distintas profundidades del agua. Su nombre maya era *Bakhalal*. En los audios que meses atrás mi hermano me había enviado, describía la existencia de organismos milenarios que custodiaban sus orillas rodeadas de carrizos. Los estromatolitos habían sido testigos silenciosos de los constantes ataques de piratas ingleses que invadían los canales para desembarcar en la laguna. Jonás mencionaba que los turistas con irritante frecuencia los confundían con simples rocas, nadando despreocupados e ignorando las cuerdas que

fungían como límite para las áreas que los protegían. A través de mensajes y fotos, descifré que mi hermano preparaba un reportaje con la intención de revelar un lado inusual de aquel paraíso.

Las últimas instantáneas de Jonás mostraban un enorme complejo turístico en estado de evidente abandono. Torres espectrales manchadas con los tonos púrpura y sangre del ocaso, por las que mi hermano había caminado, explorando ese ambicioso proyecto que poco a poco sucumbía devorado por la vegetación. Su lente experta había captado desde los balcones una panorámica en la que se desplegaba la imponente de los colores de la laguna. Comparadas con la riqueza de esas fotografías, las declaraciones de las autoridades palidecían; el informe oficial se limitaba a explicar que Jonás se había ahogado por adentrarse en una parte profunda de la laguna sin chaleco salvavidas.

\*\*\*

El tour para conocer el hotel abandonado de Bacalar no tenía propaganda oficial, pero era un secreto a voces entre los lugareños y lancheros de la zona. Reservar ese paseo parecía el único paso lógico para seguir las huellas de un fantasma. Por la mañana había hecho arreglos para que esa noche me recogieran en el muelle del hotel donde me hospedaba. Haciendo tiempo hasta la hora pactada, me senté junto a la alberca sorbiendo tragos distraídos de mezcal, absorta con la iluminación psicodélica que de manera alternada proyectaba distintos tonos bajo el agua. Rojo, naranja, amarillo, verde, azul y violeta. Los colores del arcoíris circulando en estafalaria armonía, al son de una bachata que salía de la habitación de uno de los huéspedes. Un escalofrío se escurrió por mi espalda al escuchar la voz de característico acento maya emergiendo de las sombras. *¿Usted es la que pidió el recorrido de fantasmas?* Sin dudarlo, apuré mi último trago y fui tras la figura oscura que ya se encaminaba hacia el muelle.

La luna intimidante y cercana nos seguía como un ojo insomne. Parco y monosilábico, el guía, casi parecía renuente a llevarme. *Pedí permiso a los guardianes, pero casi no me lo daban. Hoy no es un día propicio. Sólo podremos dar una vuelta rápida y regresar si no queremos problemas. ¿Guardianes? ¿Problemas?* Ante esa explicación tenía demasiadas inquietudes,

pero ya nos encontramos atravesando el manglar, la única vía para acceder de forma ilegal al complejo turístico. Al interior de ese sepulcro de corrupción me pregunté si Jonás también habría tenido la precaución de pedir permiso para entrar. Pronto fue evidente que en este palacio inhóspito las autorizaciones eran importantes y no nos encontrábamos solos. Luces titilantes como estrellas brillaban desde la maleza. Luces y un eco colectivo que murmuraba un rezo primitivo: *Tsokán, tsokán...* En una fosa, iluminados por velas, distinguí un par de terneros flotando como anfibios. ¿Ofrendas? ¿Carnadas? Las fauces de la criatura albina que emergió del agua estancada fueron mi única respuesta. En sus entrañas me reencontraría con mi gemelo.

## LAMENTOS DE SALMUERA Y SARGAZO

Dante Márquez Martínez

México

Entre las olas mi barco navega. En el horizonte no vislumbro más que tormenta y agitación, pues en el agua nadan dejos de lo que alguna vez fue un paraíso acuático, ahora convertido en luto, sargazo y tempestad.

Trato de mantener el curso, pero el timón no responde. Estoy a merced de la Señora de Mimbre, la santidad que desde el día que vino buscando a su vástago extraviado trajo la pena a lo que otrora fue un mar de plenitud poblado por pescadores, aventureros y comerciantes.

Mi piel se eriza con las frías gotas de la lluvia. No queda otro destino para mí, un simple vagabundo, que hallar mi destino en las profundidades de este océano regido por la Señora y sus hijos deformados por las algas, la arena y los percebes. Lo único que me queda es la esperanza de hundirme y así poder observar esos ojos que amé una vez más, pero al otro lado de esta vida terrenal.

El vendaval arrancó los mástiles. El azote del enloquecido mar derribó todas mis raciones y el agua oxidó todo mi instrumental. La aguja de la brújula no encuentra otro derrotero más que dirigirnos a la boca de la Señora.

Me aferro a su recuerdo, pues ella me da la fe de ir hacia el destino que la deriva me lleva. Quizás es el único motivo por el que me embarqué en este viaje infructuoso, pues tan sólo la Señora y su ira habrían de revelarme el motivo por el que ella, la mujer que tanto atesoré en mi corazón, decidió arrojarse al mar cuando éste enfureció.

La tormenta arrecia. A los lejos vislumbro su figura, su figura en dolorosa postración que emerge desde las furiosas olas. A su alrededor, sus proclamados hijos danzan sobre las rocas agitando sus extremidades anfibias, pidiéndole a la Señora favores carnales a cambio de su devoción cegada por el lodo sobre sus viscosos ojos.

El olor a putrefacción se hace presente. No queda vida en ese desierto inundado, sólo cadáveres de criaturas de las profundidades envueltas en sargazos y contaminados por las negras y oleosas lágrimas de la Señora. La mente se pierde en el agitado mar y el cuerpo se va en la marea que me hace perderme entre mis memorias.

Su boca está cada vez más cerca, de ella nacen los remolinos que infectan el cielo con sus tormentas interminables. Al interior no se ve nada, sólo se siente frío, acompañado de un aroma a salmuera. Mi barco se quebró, la proa se desploma frente a las rocas y la popa fue a dar a las astilladas manos de mimbre de la Señora. Trato de sostenerme del timón, pero las remetidas del oleaje laceran mis manos y debilitan mis músculos. Sus hijos de resbalosa piel ríen desde lejos, emitiendo gruñidos que apenas y se dejan escuchar por los truenos.

Caigo al mar. Ya no me queda nada más para este mortal cuerpo, espero que la marea borre de mi alma toda la amargura que alguna vez experimenté con ella y sólo me deje las sensaciones que lograba sentir dentro de mi pecho cuando la veía a los ojos y apreciaba la miel en ellos.

Las algas me envuelven y mi cuerpo es arrastrado por sus manos de mimbre. Dentro del penumbroso mar alcanzo a escuchar un llanto venido desde las profundidades, clamando por una santidad, quien cegada por la ira jamás lo escuchará. Espero que los andares de la vida me libren de mis ahogadas penurias y me regresen al momento en que la conocí, un día en donde el mar aún nos transmitía paz y no dolor y arrepentimiento.

Atravesé el umbral. Me hundiré por siempre en su interior, seré un cadáver más en este ennegrecido mar. Mi piel se astillará, se llenará de sargazo, aceite y arena; seré el vestigio de lo que antes fue un cuerpo con un corazón. Pero ahora mi corazón se pierde en lo profundo del lamentoso mar, deseando en otra vida sentirla una vez más. Una última vez antes de que la Señora de Mimbre y su océano de dolores y tormentas separe lo que quede de nuestros recuerdos.

## EL HIJO PRÓDIGO

Yuliana Cruz

Puerto Rico

Aún la niebla era espesa cuando la barca zarpó y comenzó a abrirse paso entre las aguas, que no habían estado tan quietas desde hace quince años. Jacinto, a diferencia de los otros dos hombres que le acompañaban, recordaba la última vez que el mar estuvo así de tranquilo.

\*\*\*

Aquella madrugada Jacinto estaba de buen humor y se preparaba esperanzado para lo que parecía ser el mejor día de pesca del año. Media hora antes, un golpe en su puerta lo levantó para traer la buena noticia de que el mar no solamente estaba en calma, sino de que el primer bote que zarpó ya había regresado con las redes llenas y con la historia de que los peces saltaban solos y caían sobre la popa sin que los pescadores dieran abasto para recogerlos y apilarlos.

Hacía muchos meses que la pesca apenas daba para alimentar mínimamente a su familia y, antes de enterarse de la buena noticia, había considerado no ir a pescar y tratar de llegar al pueblo para ganarse algunas monedas cargando bultos. Pero todo había cambiado. Si era cierto lo que decían, podría sacar una buena ganancia de la venta del sobrante de la pesca. Su hija, al verlo tan contento, le pidió acompañarle.

–El mar no está hecho para las mujeres. Quédate aquí con tu madre y cuando esté de vuelta me ayudas a limpiar una buena cantidad para la cena.

–Pero, padre, si lo que le han contado es cierto, no va a poder solo con tantos pescados. Usted sabe que los demás deben haber acordado irse en otras barcas, porque usted les dijo ayer que hoy no pescaba.

–Ya veré qué hacer.

–Por favor, sabe que mi sueño es conocer el mar, navegarlo, no verlo desde lejos como lo he hecho toda la vida. Además, si el mar está tan en calma como dicen, ¿qué pudiera pasar?

Irina era la única hija de Jacinto, la luz de sus ojos, y apenas hace unos días acababa de cumplir sus quince años. No le había podido festejar, ni darle regalos. ¿Entonces cómo le iba a decir que no a lo único que le pedía? Era navegar sobre aquel mar el sueño que ella siempre tuvo y el regalo que él le dio.

\*\*\*

Ya estaban lejos de la orilla y, a poca distancia, se comenzaba a ver un parcho de mar donde la quietud no existía. Era un círculo perfecto en el cual las olas se batían unas contra otras sin dirección aparente. El Jacinto que veía a lo lejos erguido en la popa no era el mismo que se adentró aquella vez con su hija al mar. A este lo arropaban las arrugas y las canas. Sus ojos, cansados de tanto ver, comenzaron a aguararse a medida que se acercaban a aquel pedazo de mar.

Los dos hombres que le acompañaban sintieron un profundo pavor y, mientras cruzaron miradas en un instante, se percataron de cómo la piel se les erizaba. Sabían que todas las leyendas que habían escuchado hasta entonces, mientras ahogaban en cerveza el cansancio de la jornada, no los había preparado para lo que verían esa noche. Sólo sabían que, llegado el momento, deberían lanzar al mar la jaula.

\*\*\*

*Las mujeres no salen al mar, pues su lugar está allá en la tierra.* Las palabras del padre de Jacinto retumbaban en su cabeza. Eran las mismas palabras que había dicho el padre de

su padre y, antes de él, el padre de éste. ¿Cuántos hombres habían escuchado lo mismo una generación tras otra? Pero aquello era una mentira, una excusa para mantenerlas alejadas. Pues no eran ellas seres ajenos a las profundas aguas, sino criaturas aguardadas pacientemente. Porque en el mar las esperaba ansiosa la profundidad misma. Jacinto entendió esto muy tarde, cuando un círculo de olas abatía la barca. No pudo reaccionar lo suficientemente rápido como para tomar el brazo de su hija antes de que cayera por la borda y fuese arrojada por lo que, en aquel momento, sus ojos no podían descifrar. Era una sombra que se acercaba a la superficie y que parecía, con manos hechas de agua salada, arrastrar a su hija hacia las profundidades.

\*\*\*

Era momento de entrar al círculo. Jacinto hizo la señal y los hombres se sujetaron fuerte para no caer. Una vez en el centro, la violencia de las aguas parecía anularse a sí misma. El contoneo de la barca cesó y todo el movimiento alrededor parecía un espejismo.

—Es el momento. Bajen la jaula.

\*\*\*

Irina no murió, eso hubiese sido preferible. Lo que el mar le devolvió a Jacinto aquella mañana era sólo un recipiente vacío. Estaba vacío de la niña que él recordaba, pero lleno de otra cosa más oscura.

Nueve meses después, la noche del parto, la esposa de Jacinto se quitó la vida y él tiró al mar a aquello que su hija había parido. Era allí a donde pertenecía.

\*\*\*

Cuando la jaula subió, Jacinto reconoció en la criatura lo único humano que tenía: eran aquellos ojos tan idénticos a los de Irina. Su cuerpo pulsante y gelatinoso era como una bolsa transparente llena de una oscuridad en movimiento. Sólo su boca, debajo de los bellos ojos, parecía tener solidez. De ella salía una gruesa lengua negra que, con movimientos tentaculares, parecía acariciar los afilados dientes que se extendían en una fila alrededor de ella. Era su nieto. Era aquello que el mar había concebido dentro del vientre de su hija.

Aquella cosa también lo reconoció y se revolvió en lo que parecía ser un intento

de salud. Con el movimiento se desprendió de su cuerpo un hedor salino, que hizo que el primero de los otros dos hombres vomitara y el segundo se desvaneciera. Jacinto, que parecía estar en un trance, ni siquiera volteó a mirarlos. Se acercó a la criatura y, mientras la acariciaba, le miró a los ojos con ternura.

–Tu madre está muriendo. Es tiempo de volver a casa.

## BIOLUMINISCENCIA

Anezly Ramírez

México

Cuando mi mamá me dijo que no iríamos a la playa, me enfurecí tanto que corrí a encerrarme a mi cuarto. Azoté la puerta a mis espaldas sin antes gritarle que era una maldita egoísta, así: “¡Maldita egoísta!”. Ella se quedó en silencio y del otro lado de la madera lisa escuché cómo comenzó a sollozar. Me pareció que sus quejidos eran susurros dolorosos traídos con el viento. Dejé de fruncir el ceño, mi mentón empezó a temblar y mis lágrimas también comenzaron a brotar recorriendo mis mejillas. Por un momento sentí que se evaporaban al entrar en contacto con mi piel caliente de berrinche. Me acerqué a mi tocador y de una cajita musical saqué esta particular concha morada que mi papá me regaló y las lágrimas dejaron de ser lágrimas. Se escurrieron por mi cara como dos grandes ríos inundando mi cuarto, la sala, la cocina, el baño y mi corazón. De pronto mi casa dejó de ser mi casa y se convirtió en un mar profundo de agua salada. Sin entender cómo había sucedido, me dejé arrastrar por la turbulencia de las olas y la espuma caótica de su movimiento. Llegué hasta una cueva subterránea y perdí el conocimiento en medio de la oscuridad.

Desperté usando una burbuja como casco y sentí que un poco de aire fresco llenaba mis pulmones. Noté que una luz se hallaba en el fondo de aquel lugar y, a pesar de estar bajo el agua, caminé libremente en dirección a ese punto claro. Al llegar al otro lado me deslumbré por la belleza de ese mundo lleno de vida. Traspasé una clase de muro de agua fría para encontrarme rodeada de algunos peces payaso, estrellas de mar, corales de todo tipo de

colores y esponjas. Estoy segura de que había tantos peces que no pude reconocerlos. Toda esa vida llenaba de color el paisaje. Había cierta calidez de ese lado del muro, era como estar entre los brazos de mi padre; y al recordar a mi padre, en ese momento la tranquilidad se fue cuando, buscando en todos mis bolsillos, no hallé la concha morada. Creí haberla perdido en el caos provocado por mis lágrimas, pero no fue así.

Miré hacia arriba y me percaté de que estaba al fondo de una especie de pozo. El agua alrededor giraba tranquilamente en sentido de las manecillas del reloj. Me envolvía a mí y a los otros peces en una columna de agua tibia que mantenía una tranquilidad absoluta. De lo que pensé era la superficie, una silueta femenina y mítica se hizo presente. Descendió ondulando su cola armónicamente con el agua. No pude distinguir su rostro por el brillo que se dispersaba desde arriba, pero a pesar de mantenerse en el anonimato de las sombras reconocí una larga y ondulada melena adornada con una corona de flores. Ella me extendió la mano para darme mi más grande tesoro y lo guardé en el bolsillo de mi camisa deseando no haberle gritado así. Un sentimiento reconfortante invadió mi cuerpo, pero también una gran culpa por no haber sido comprensiva. Ella acercó su mano a mi rostro y con la punta de su dedo reventó la burbuja.

Cerré los ojos deseando desaparecer ese episodio de ira en mi vida y unos segundos después los volví a abrir, despertando en mi cama. Había mojado tanto la almohada que me resultaba incómodo seguir acostada. Salí de mi cuarto y busqué a mi mamá en la cocina. Cuando la vi ahí sentada y sola en el comedor, corrí hacia ella para decirle “lo siento”, pero sólo pude abrazarla. Ella me extendió los brazos y lloramos de nuevo, esta vez juntas. A la semana siguiente fuimos al mar. No era el puerto del que despedimos a mi papá en ese barco pesquero que jamás regresó, pero sí su playa favorita. Nos sentamos al borde de la marea y miramos la bioluminiscencia al anochecer. Por un momento imaginé que mi papá había cruzado la línea del horizonte del cielo y bajaba para regalarme un puñado de estrellas que brillaran en el agua. Miré a mi madre sin que se diera cuenta y sus ojos destellaron por un brillo que no supe si venía de la luz del mar o del dolor de sus recuerdos.

## CEMENTARIO OCÉANO

Lorenza Ortega

México

Cuando se supo que al morir reencarnamos, hubo una ola interminable de suicidios. Una especie de ruleta rusa. Todos tenemos un ritmo propio que cesa de súbito por un accidente o de forma lenta con una enfermedad. Ya no era así. Perder el miedo a la muerte no fue fácil, pero volver a nacer nos daba una esperanza. El deseo era imperante, así que lo arriesgamos todo, sin importar la posibilidad de encarnar en peores circunstancias.

La población menguaba. Colgaba de una cuerda, era lo más recurrente, o se lanzaba desde las azoteas de grandes edificios. Comenzaron a cerrar las entradas, colocaron guardias para evitar el acceso a los suicidas, y terminaban ellos mismos lanzándose al vacío.

Caímos en una elipse transfigurada de seres humanos, los mismos rostros y almas sucias repetidos sin un cambio verdadero. El conocimiento no nos trajo alivio, parecía un infierno. Algo no estábamos haciendo bien, y en el fondo lo sabíamos: el mal ahí estaba imborrable, la membrana viscosa de una realidad construida durante siglos. Tarde entendimos que teníamos que comenzar a modificar nuestras vidas, a purificarlas, que fueran más virtuosas. Cada vez más separados nos derrumbamos ante la impotencia de reinventarnos. Perdimos la identidad, hundidos en un abismo irreversible.

La primera vez, cuando abrí los ojos, me encontré en una casa de playa inundada. El agua me llegaba a los tobillos, se sentía tibia y yo miraba por un ventanal el mar que iba y venía lamiendo la arena. Mi primer pensamiento fue que una ola gigante había alcanzado la estancia mientras miraba los muebles flotar y a unos pececillos rojos nadando entre los objetos. Sobre una mesa baja una medusa se movía apenas, esperaba a que el oleaje del mar llegara hasta ella y la rescatara. Parado ahí, con los pies metidos en el agua, sólo pensaba en salvar a la medusa. Estaba amaneciendo.

Parece que se necesita la vivencia amarga para enseguida disfrutar de una pizca de

visión. La vida cambia, así, de un momento a otro. Nunca es nada seguro el destino, pero sabía que las consecuencias son determinantes, y que incluso existe la consecuencia de la consecuencia.

Volteamos a ver el horizonte: el océano monstruoso con su magnificencia sería nuevamente el salvador, el mesías del renacimiento. Si las olas primigenias fueron capaces de desmoronar los acantilados, de envenenar sus propias aguas, fue para dar sentido al caos. Era todo un plan cósmico, el solvente que da vida, el pretexto para la llegada del primer latir de un organismo único que se transformaría hasta nuestros días oscuros, ya sin futuro, después de tanta creación.

Tuvimos que recordar el origen, creer las teorías, la historia contada y aferrarnos a ella. Nos habíamos convertido en seres decadentes, vaciados del hilo divino que nos inundó al principio. Avanzamos con impunidad destruyéndolo todo, acumulando el sinsentido. Ahora teníamos otra oportunidad: naceríamos del mar.

El océano se había revelado de una forma ya imaginable, los cambios eran evidentes, no servía de nada retroceder. Aunque no esperamos que la liberación llegaría tan pronto.

Escuchábamos su voz silenciosa, un llamado vibrante que inundaba nuestras venas, que corría por las lágrimas desechadas de cada ser humano incapaz de sentir otra cosa que no fuera miedo. Era un rugir siniestro que se encarnaba en nuestro cuerpo haciendo temblar cada uno de nuestros miembros. Teníamos el mar adentro, lo sentíamos con un batir enardecido, salinoso, carcomía el pensamiento. Los deseos vacíos ya no existían, sólo uno: regresar al origen, correr y lanzarse cuanto antes y ser comido por las olas, arrastrados por las diversas corrientes marinas. Deshacernos, poco a poco, como una oxidación y diluirnos en ese solvente poderoso que era el mar con sus aguas azules destructivas.

Regresamos al mar. Primero de uno en uno, después éramos masas, poblaciones completas dejándonos llevar, sin resistir al oleaje, a la salinidad que entraba en los ojos, que nos hacía vomitar, recordar cuando éramos todavía felices y nadábamos en sus aguas. Hoy esas sensaciones nos complacen, son el sacrificio exacto para recomenzar. El mar era un cementerio marino, la apoteosis prometida entre su rugir, su ir y venir, con miles de

cuerpos en la superficie grisácea y glauca. Formaremos parte del inicio del alga verdiazul, del trilobite y la medusa. Una horda metamórfica en el seno de su fondo.

Fósiles humanos descansarán después en las arenas, insignificantes entre los cangrejos. Mirando sin ojos, escuchando sin oídos, lamiendo la espuma sin saborear su nueva esencia y sin ver el cielo oscurecido. Sólo un momento que no tiene tiempo, que está dado por el calor y el color sin minutos ni segundos, como un cementerio; anhelando el frío antiguo del espacio. Ahora aquí, en este sino de caracolas y de musgo marino, como un nuevo planeta, como vida renacida o una muerte reverdecida.

Siempre me había aterrado el mar y los ahogados, y ahora me dejaba ir entre las aguas pacientes y llenas de bondad. Me guiarán a un sitio que son todos los sitios, la inmensidad de lo otro desconocido: el inicio. El de antes de los seres vertebrados y las primeras plantas. Seré una feofita, un líquen o una de esas colas de caballo prehistórica. Pasaré por esponja y coral o crinoideo para mecer mis tentáculos y alimentarme de microorganismos succulentos. Transmutaré en pez acorazado y anfibio y saldré del mar croando y arrastraré luego mi cuerpo escamoso hasta la luz y me posaré en una roca por días eternos hasta diluirme en la neblina vaporosa y volar como ave de colores hasta empollar al ornitorrinco.

Volveremos a nacer de la degradación, el mar nos lo ha impuesto.

## LOS MARES DEL PLASTOCENO

Antonio Arjona Huelgas

México

Ahora vivo pensando, recordando aquello que fue y nunca será, a partir de fotografías y escritos de un mundo perdido, y de mundos mejores que podrían ser, olvidados para siempre en esta masa que nos envuelve y jamás acaba, preguntándome si se cuestionaban sus actos, si creían en verdad que, algún día, el mundo no llegaría a esto. En medio de incontables islas de plástico transparente multicolorido, sin rumbo nuestro navío sorteaba un mar descompuesto. Perdidos, a la espera de hallar un hogar, sin saber ni a dónde vamos

ni a dónde podemos ir, enfrentamos un mundo en el que ya no diferenciamos lo artificial de lo natural.

Mi familia habla de la era antes de la crisis; mi abuela pudo vivirla, ver su final, y mis padres, la primera generación del reino plástico, fue la de mis padres. Con dificultades se adaptó la gente a la nueva vida. Ha sido un proceso en el que pasaron de dominar el planeta a que lo dominara un material. Me pregunto si, de fondo, siempre fue así. Las revoluciones tecnológicas derivaron de materiales: roca, madera, metal, aleaciones, plástico. De la mano, el uso de las energías: la mera acción humana, el fuego, el vapor, petróleo, electricidad, energía nuclear, etc. En viejos libros y ordenadores apenas funcionales he tratado de comprender qué fue lo que salió tan mal. Terminó la era del hombre, la del humano, e inició la del plástico. ¿Cómo terminó el antropoceno? Con la caída de la humanidad. La humanidad sabía en qué terminaría más de un siglo antes del desastre, pero estaban condenados por las necesidades del sistema económico, los modos de producción y consumo, a la par de la gigantesca población global y la necesidad de satisfacer tanto los deseos más exuberantes como las condiciones mínimas para sobrevivir a través de la industria. Fue un periodo muy corto en la historia del planeta, que dio paso al posterior: el plastoceno. Los residuos plásticos pasaron a definir la vida del planeta. Los microplásticos se introdujeron en los organismos, alterándolos, al tiempo en que las grandes conformaciones se volvían hábitat de extraños seres. De hecho, tales partículas monstruosas atravesaron incluso la roca, el sedimento, haciendo que en la actualidad sea imposible estudiar las eras geológicas. El plástico cruzó del futuro al pasado y, desde nuestro conocimiento, cambió el pasado volviéndose eterno. El fitoplancton había disminuido en extremo, aunado al plástico, el aumento en las temperaturas de los océanos así como de todo el planeta, el descongelamiento del ártico, incendios en bosques y junglas y otros tantos desastres más. Todo iba de mal en peor, después en algo mucho peor. Es sorprendente el número de veces que una civilización cayó a la par de un desastre climático. Los periodos intermedios de Egipto son la prueba de la influencia del medio en el derrumbe de una dinastía. La destrucción de la Armada invencible por un huracán. Claro que casi me parece imposible

imaginar ese mundo, incluso más que la era moderna.

Existen colonias humanas en el espacio, en estaciones orbitales, en la Luna, en Marte. La colonización del espacio volvió a ser prioridad cuando los signos de la catástrofe la mostraron inevitable. Nos dejaron aquí, en el mundo sintético, abandonados. Se dice que en las grandes ciudades las cosas están mejor... Bueno, en los sitios donde vive la gente rica. Lo demás... dicen que es un infierno. También hay rumores de pueblos o casas en las montañas, donde la gente puede vivir feliz. Claro, hablamos de gente con los recursos suficientes para estar ahí. Para quienes vivimos en el mar, nos hemos adaptado a las nuevas condiciones de vida. Hemos aprendido a respetar el ambiente, en la medida de la posible, o el ambiente podrá destruirnos. Lo más terrible del nuevo mundo no fue la incapacidad de la naturaleza para adaptarse, sino la capacidad para hacerlo.

Las especies animales ahora usan el plástico como hábitat, como medio. De hecho, se cree que el microplástico ha modificado su organismo. Esto es muy usual en moluscos y cefalópodos, que han creado auténticos reinos submarinos a partir de PET y PVC. Orcas, delfines, cachalotes y las escasas ballenas azules que quedaban se unieron en grupos; ahora son mucho más inteligentes. Se organizan para atacar embarcaciones humanas. He oído de otros recolectores que han llegado a hundir buques balleneros. Tan sólo le temen a los vehículos militares. Aunque, por lo general, se evitan entre ellos.

Esta mañana encontramos, en medio de un conglomerado de bolsas y botellas, alrededor de treinta cuerpos humanos, junto a los de varios animales. Todavía quedaban tres delfines y una orca en el lugar. Habían logrado enredar los cadáveres a la masa por medio de redes de pesca. No sé cuál fuese su criterio de acción. La mayoría de esos desafortunados murió ahogada, pero siete de ellos fueron decapitados y tres más desmembrados, clavados al plástico por sus propios arpones. De éstos últimos, uno parecía seguir con vida. También le habían destrozado la mandíbula, para que no pudiera hablar. Sin brazos ni piernas, bajo el sol abrazador, el tipo se quemaba y desangraba. El mensaje de las criaturas estaba claro: ese era su territorio y debíamos ir en paz. Mi hermano mayor se agachó al extremo de la cubierta con un rifle. Disparó tres veces al tipo, para asegurarse.

Continuamos navegando en paz, bajo advertencia. La ruta estaba llena de pequeñas islas, cada una tenía cuerpos amarrados. Entonces supe que, al menos en su mayoría, no se habían formado por las corrientes marinas.

Cuando fenezcamos el plástico seguirá aquí. Estuvo antes que nosotros y seguirá cuando todos nos hayamos ido. ¿Quién soy yo? Alguien que vive en un barco, en busca de un hogar. Mi nombre no es relevante, los nombres dejaron de ser relevantes. Pero mi pseudónimo es Clío, pues aún importan los viejos nombres, al menos a mí. Soy la historiadora del mar de basura, quien busca comprender cómo llegamos aquí.

## ISÓPODA

Aline Basail

México

Su cuerpo flotaba como una hoja frágil, descuartizado por la corriente del agua. La cabeza desprendida se giró hasta que el rostro emergió frente a mí. Entre sus labios, una masa blancuzca se convulsionó antes de zambullirse en la superficie; dejó al huésped como un cascarón fragmentado.

Cuando era niña fui con mamá a un cenote, me emocioné porque nunca salíamos solas. No presté atención a su ojo morado y el labio ensangrentado. Verla hundirse hasta ser devorada por el abismo líquido es el último recuerdo que tengo de ella. No pudimos recuperar su cuerpo, papá no intentó rescatarlo, tampoco volvió al lugar: nunca la perdonó por abandonarlo. Antes de entrar a la universidad, la visité; llevé un ramo de rosas, sus favoritas.

Observé el cenote que la engulló. Era una superficie verdosa, cristalina en las orillas y sombría en el centro. Recordar su cuerpo flotando en el agua me aterró. Pensé en arrojar las flores e irme, pero no tuve el valor. Vigilante, me percaté del silencio; no había cantos de pájaros, voces, ni viento. Los árboles estaban quietos, temerosos.

Me paré en la orilla, quería decir alguna plegaria; sin embargo, no sabía ninguna. En

ese instante el agua se agitó con violencia, se formaron olas de distintos tamaños. Una de ellas se acercó hasta tragarme; era una lengua devoradora. Me arrojó al interior de su boca. Por instantes soltaba mi cuerpo y podía subir a la superficie a tomar aire, pero después de unos segundos me hundía de nuevo. Se divertía mientras inundaba mi garganta, nariz y oídos.

Sepultada en su profundidad, observé cientos de orbes amarillentos. Fui sacudida por una corriente, cual anguila, que me rodeó; el cabello me cubrió la frente y los ojos. Un sonido extraño se desplazó en el agua: voces retorcidas, lamentos de protesta retumbaban en el vacío. No tenía fuerzas. Mi conciencia flotó lejos del cuerpo.

El cenote me escupió hacia la tierra. Fui doblegada por el ardor que se alojó en cada músculo. Cada aliento dolía. Vomité su agua ácida hasta vaciar el estómago. En cuanto pude, regresé a casa.

Una oleada de gritos me recibió. Papá estaba enfurecido, descubrió que había presentado el examen para arquitectura. Yo debía ser maestra. Ese era su plan. Había negociado con el sindicato, quienes me darían su plaza. Sus amenazas parecían apretarme el cuello. De nuevo me encontré bajo el agua. Mi pecho se llenó de angustia en lugar de aire. Resignada, seguí sus órdenes e ingresé a la Normal de Educación.

El tiempo se escurrió entre días reprimidos y doblegados. Una mañana me percaté del hormigueo en la punta de mi lengua. Revisé la superficie, estaba dura y rasposa; se entumecía con frecuencia. No lo creí importante hasta que la molestia se extendió, era una picazón implacable. Me rascaba con el cepillo de dientes, plumas, los dedos. El escozor no se detenía.

Semanas después, noté una protuberancia que sobresalía en un costado de la lengua. Era blanca, resbaladiza al tacto y rígida. Con el paso de los días aumentó su tamaño, parecía un gancho afilado, raspaba el interior de mi mejilla. Angustiada, lo arranqué. No me dolió; sin embargo, mi lengua se convulsionó al extirparlo. Tenía una forma de zigzag, semejante a una garra diminuta.

Asustada, fui al doctor: dijo que estaba bien, quizá sólo era estrés. Su diagnóstico

no tranquilizó la inquietud de ser invadida por algo extraño. Hablé con papá: «¿Qué estupideces dices? ¿Tenías una garra? ¡No tengo tiempo para tus pendejadas!». Escuché sus gritos, quise contestarle, pero mi lengua no se movía, estaba inmóvil, sometida a las burlas y malos tratos.

Los meses pasaron y la situación empeoró. La parálisis me invadió por completo; no tenía sensibilidad, la comida sabía insípida, todo me daba asco. Era como un mal augurio. Unas semanas después, al cumplir veinticuatro años, papá dijo que me casaría con Don Augusto, un viejo cincuentón que le había prometido ayudarlo con su negocio. Antes de ser un objeto de trueque, hui de casa. Con mis ahorros compré un boleto en la estación de autobuses. Era de madrugada. Mientras esperaba el camión, escuché la canción “Dead to the World” de Nightwish. Cerré los ojos un momento. Al abrirlos, estaba de pie; parpadeé, me vi parada fuera de la estación; di un pestañazo, iba en un taxi. Mis ojos fueron vencidos por el sueño.

Desperté en mi habitación. Intenté levantarme, pero las piernas y brazos no respondieron. Traté de gritar, pero tenía la boca cerrada. Papá me llamó. De inmediato mi cuerpo se levantó y contestó: «En un momento bajo». No podía controlarlo. Las piernas caminaron hacia el baño. Parada frente al espejo observé la boca abrirse hasta casi dislocarla. En lugar de lengua había una criatura de ojos ambarinos y brillantes; agitaba con frenesí decenas de patas traslúcidas; su cuerpo, en forma de óvalo, se encontraba enraizado en la mandíbula. Quería gritar, pero no pude. No controlaba mi voz, mi cuerpo, ni lo que ahora era mi lengua, era ella quien me dominaba por completo.

Los años pasaron llenos de frustración, sin poder expresar lo que sentía. Obligada, me casé con Don Augusto. Nunca pude contarle a nadie sobre los huesos rotos, las marcas en el cuerpo, el sexo forzado y el miedo que tenía. La frustración se acumuló; ni siquiera el nacimiento de mi hija, Carina, arrancó el dolor. Me aterraba pensar que ella pudiera ser atrapada en esta rueda de tortura.

Un día, después de cambiar el pañal rebosante de excremento a Don Augusto, me observé llevar de paseo a Carina al cenote donde murió mamá. Mi cuerpo la abrazó antes

de internarse en el agua. Por dentro gritaba: ¡Detente!, pero era inútil. Hundida en lo profundo, observé desbaratarse mi figura; brazos, piernas y torso se fragmentaron: era una cáscara hueca.

Contemplé a mi hija antes de ser tragada por el abismo. Era una cabeza flotante, golpeaba a cientos más que estaban en el agua. De cada boca, incluida la mía, salieron parásitos que se zambulleron, ocultándose en el agua.

## ZITAEŁ 36

Ana Jácome

México

En algún rincón del universo, situado en otra dimensión, existe un planeta llamado Zitael 36 o Z-36. Es un planeta gigante, con una superficie similar a la del astro conocido como Neptuno en el Sistema Solar, Vía Láctea. Es decir, cerca de ocho mil millones de kilómetros cuadrados. El noventa por ciento de su superficie está cubierta por agua, con excepción de algunos islotes que se pierden en el que es tal vez el océano más extenso en el universo conocido. El mar de Zitael 36 no se parece a ningún otro, esto se debe al sol rojo que lo ilumina durante el día y a la atroz velocidad con la que se mueve el agua que forma su superficie: marejadas capaces de derrumbar islas completas. Algunos teóricos afirman que es debido a la fuerza de su corriente marítima que Z-36 ha perdido la mayor parte de su suelo rocoso. Los derrumbes constantes, el nacimiento de volcanes acuáticos y las tormentas que pueden durar hasta dos años –contados con el sistema de medición temporal de mi planeta de origen– lo hacen un mundo incapaz de albergar vida. Los mismos expertos se cuestionan cómo es posible que tal violencia exista inalterable en el oleaje de Z-36. La carencia de suelo sólido hace imposible el viaje interdimensional que debería ejecutarse para un estudio profundo de la naturaleza de sus mareas. Así que, a pesar de la inconmensurable cantidad de agua que lo forma, los expertos lo han catalogado como un planeta inerte.

Si nosotros nos acercáramos a vuelo de pájaro al mar de este mundo, quedaríamos sorprendidos de lo acertada que es esa definición. Zitael 36 no es un planeta de vida, es un planeta en el que la muerte flota. Veríamos, en completo asombro, lo que forma las potentes corrientes que revuelven su océano y, si la luz de su sol rojo lo permite, contemplaríamos sus aguas agitadas en remolinos, arremetiéndose contra sus escasas rocas. No podríamos evitar sentir escalofríos al contemplar su inmenso cuerpo marino teñido por los tonos sangrientos del atardecer, que sucede cada treinta y seis ciclos, y cuando la luz rojiza tiñe sus aguas infinitas veríamos lo que se arrastra entre el oleaje. El agua de Z-36 está compuesta por cuerpos que se entrelazan, que flotan alargados mostrando rostros dolientes y maltrechos miembros. Es en este mundo donde una colosal cantidad de almas, millones de millones al menos, provenientes de todos los rincones del universo, de todas las especies y dimensiones, vienen a ahogar la irremediable decisión de haber terminado con su propia vida.

Zitael 36 es el planeta de los suicidas, y es también una posibilidad de transmutación; día a día el sangriento sol alrededor del cual gira su órbita absorbe algo del desconsuelo de esos billones de almas y lo devuelve a la marea. Los destinados a formar parte de sus olas y abismos permanecerán en él hasta que su misma conciencia no sea más que el rítmico movimiento de un océano inmenso que va y regresa, que gira, se hunde y burbujea, y así hasta que el dolor de su pena sea transformado en delicada espuma que besa las rocas negras y la única playa que queda en este rincón del universo. El cúmulo planetario de Z-36 existe con el único propósito de ser un limbo para esos espíritus, provenientes de los más lejanos confines, que necesitan un sistema complejo en el cual sintetizar su dolor.

¿Cómo es que sé tanto de Zitael 36? Yo mismo soy una de esas almas que flotan, entre tantas otras; también soy parte de sus corrientes marinas, arrastrado por la drástica marea de este planeta. Nuestro limbo. Cuando el dolor es demasiado, nos dejamos caer para hundirnos hasta el fondo de rocas negras, al centro de este astro acuoso. El peso completo de un océano no es suficiente para ahogar la pena de nuestra partida. Sumamos nuestras inertes lágrimas en desesperación y culpa, y arriba estalla una feroz tormenta. El lecho

marino de Z-36 nos abraza y absorbe algo de nuestra tristeza, un poco de nuestro odio. Yo veo mi sangre derramarse de nuevo, hasta la última gota.

Una columna de burbujas sube a la superficie y resurgimos con ella. Un río de almas que irrumpe en el paisaje acuático de Zitael 36, para encontrarse de frente con la luz de su sol rojo y volver a ser parte de las olas que arrastran incorpóreos, destinados a nadar furiosos hasta ahogar la pena que nos condena.

## PÉTALOS ROJOS

Olivia Guarneros

México

Todavía recuerdo cuando mi madre me contaba cuán cristalinas eran las aguas de este río. Aunque no sabía nadar se lanzaba a chapotear en sus orillas. Unos metros más allá, mi abuela fregaba los pantalones y las camisas de la familia. Me contaba también aquello de las flores rojas. Si alguna de sus hermanas andaba con espanto, doña Otilia las hacía esparcir los pétalos en su afluente para que el ánimo confundida volviera a su centro.

Hace días que Mina anda con espanto. Se despierta cada noche llorando a grito pelado y no pega el ojo, aunque la acurruque en mi regazo y le murmure un arrullo a media voz para que se tranquilice. Muchas veces también orina la cama. Entonces me levanto a quitar las sábanas para hacer un atado con ellas, pues sé que tendré que lavarlas por la mañana. No en el río. Su cauce se ha convertido en una corriente de aguas negras. A veces se pinta de azul o de magenta y pareciera que emana girones de gases que flotan en las laderas.

Mariano llega temprano después de terminar el tercer turno. Mira las ojeras que se dibujan en mi rostro y pregunta si hoy tampoco durmió. Apenas unos minutos antes a Mina por fin la ha vencido el sueño. La acuesto en la camita y me dirijo a la cocina. Mariano va tras de mí, se acuerda que tiene hambre.

Ahora los dos duermen. Y a mí me dan unas ganas de tirarme en el sofá y dormir todo lo que no pude. Sé que no será así. Alguien tiene que hacer la comida, lavar las sábanas,

sacar a orear el colchón cuando Mina se despierte.

Mientras tiendo la ropa en el patio, Mercedes se asoma desde el lavadero y me recrimina por mi aspecto. Le cuento lo de la niña. Me dice que la lleve al río a tirar flores por la tarde, antes de que oscurezca. Por lo menos a esas horas el agua hiede menos a porquería. Le contesto que no estoy segura de aquello. Le digo que mi abuela lo hacía con mi madre, pero entonces las aguas eran limpias. Con nosotras, cuando el caudal del río comenzó a ser un botadero, nunca lo hizo. Prefería llevarnos con doña Rafaela para que nos curara con las ramas de pirul y el paliacate rojo.

Mercedes suspira y me recuerda que ya no hay quien sane a mi hija. Es el río o seguir padeciendo la falta de sueño, el llanto ensordecedor de la niña, la angustia de querer cerrar los ojos y no poder y encima no descansar porque hay que atender a Mariano, porque soy su mujer y para “eso” estoy.

Unas horas más tarde, cuando Mariano ya se ha levantado y se prepara para irse pues hoy dobla turno, Mercedes me grita desde el lavadero, agitando entre sus manos un ramo de claveles. Salgo a su encuentro y le agradezco. “Ya tienes las flores, no hay pretexto”. Me entrega además una loción de flor de azahar y el paliacate.

He dormitado en el sillón no sé qué tiempo. Mina estaba a mis pies con su jueguito de té y yo pude tomarme unos minutos de descanso. Son más de las cinco. Me levanto a toda prisa y voy al cuarto por un vestido. Mina corre detrás de mí. No se me separa ni para ir al baño. Cuando tiene ganas me pide que la acompañe y me espere con ella. Cuando quien tiene ganas soy yo, apenas si logro que me espere detrás de la puerta.

Mientras le limpio la cara y le pongo el vestido limpio, observo lo que ha dibujado: trazos que parecen rostros desiguales con muecas y dientes afilados. Un escalofrío se me cuele en el cuerpo cuando le pregunto quiénes son y me responde que no sabe, que ella no los hizo. Echo en una bolsa de mandado las flores, el agua, el paliacate, y la tomo de la mano para encaminarnos al río. En menos de cinco minutos damos con la ribera. El sol apenas si se asoma y no tardará en oscurecer. Repito el ritual que alguna vez mi madre me enseñó. Le pongo la loción en el pelo, le aprieto la cabecita y le digo que desmorone las

flores y las lance al río. Después, cuando en sus manos sólo queda el aroma de los claveles, grito su nombre entre sus palmas en forma de cuenco: “¡Mina! ¡Mina! ¡Mina!”.

A pesar del ritual, el escalofrío en el cuerpo no se desvanece. Camino a toda prisa con Mina entre mis brazos y trato de no volver la vista hacia el río. No quiero que el espanto regrese. Que se quede ahí, con toda la suciedad, con la podredumbre.

Preparo la cena y le digo a Mina que pronto será la hora de dormir. Desde que llegamos a casa parece que está en un trance. Hace todo lo que le digo sin chistar. Incluso por primera vez en días puedo aventurarme al cuarto sin que me siga.

Por las dudas le digo que esta noche dormirá conmigo. No me hace caso. Se encamina a su cama y se mete debajo de las cobijas. No digo nada y hago lo mismo. Estoy tan cansada que sé que en cualquier momento me quedaré dormida, aunque el malestar en mi espíritu no se ha ido y trato de no dormir para velar el sueño de Mina.

Una especie de aullido me despierta de golpe. Miro hacia la cama, pero Mina no está. La lámpara del buró no enciende. Me levanto angustiada pensando que seguro fue a la cocina. Sí, ahí debe estar. Cuando cruzo el umbral, la puerta está abierta. Descubro la silueta de Mina deambular por el patio. Parece que con su manita está asida a algo, a alguien. Grito su nombre tan fuerte como puedo. Quiero avanzar, pero mi cuerpo no responde: “No vayas al río”, le digo. Ella voltea y deja ver en su boca a medio abrir lo que yo temía.

## EMERGER

Román Sanz Mouta & Lorena Escobar

España

Me lancé a la superficie desde la sima más profunda desobedeciendo el mandato de mi madre, soberana de este pedazo del Océano Pacífico, donde nos agostamos reclusos, pese a las maravillas que ofrece nuestra querida mar.

Los Vetustos, el consejo de sabios imperecederos al servicio de mi progenitora, no podían comprender mi anhelo, el de ninguno de los pocos jóvenes de nuestra especie que

apenas se mantiene vigente por falta de procreación y nacimientos. Hemos perdido la esencia, el deseo. Los pocos que crecemos a la sombra de las profundas olas nos sentimos esclavos de esas costumbres pretéritas.

Sin saber qué ofrece el más allá. La temida zona seca, ese reducto que llaman tierra firme.

Nuestros mapas engañan. Han sido fagocitados por los intereses de esos Vetustos en ocultar quizás un glorioso pasado de expansión, quizás un fracaso que acabó con nuestra cultura recluida. Poco importa. Vemos en la exposición de planos la imposibilidad del escape.

Que somos, seremos y moriremos aquí. Contemplo a mis compañeros y son viejos en vida, adolescentes quemados por la responsabilidad, una culpa que no tienen, el peso de las cadenas que nos atan a lo abisal.

La oscuridad. Nosotros, pocos, pocas, cada vez menos, que ya casi no brillamos.

Por cada fenecimiento, enterramos al ofrendado en el seno del universo, ese cosmos que habita bajo nosotros, donde ya no hay aguas ni tierras, sólo espacio vacío, hueco. El tranquilo orden del caos. Después de las exequias, cerramos esa tumba y esa puerta a la galaxia. La ansío infinita, pero me provoca mucho más miedo que la cercana superficie, apenas a unos miles de metros.

Han saltado todas las alarmas. Los cefalópodos vienen tras de mí. Los escualos huelen mi plasma interna. Las amonites colosales, nuestros guardianes eternos, no perdonarán mi desobediencia y, de ser necesario, yaceré en su buche. Mi madre clama regreso forzado, castigo, penitencia, y todos obedecen.

Todos excepto mi amiga cetácea, Umiko, que me porta, permite que cabalgue en su lomo cuando ya más nadar no puedo con mis aletas extremidades. Que supera la frontera y las barreras de enemigos. Enfrentando a esos ancestrales de voracidad detallada.

Yo perdí parte de mi anatomía en las refriegas. La ballena lo perdió todo.

Llena de heridas letales cuando atisbamos, juntas, el astro en ese censurado firmamento tras la barrera acuosa penúltima. Sol, lo llaman. Sol, lo llamo.

El umibozu nos saluda al pasar. Amable siempre. Se deshace de la penúltima resistencia que nos prosigue. Libres, al fin.

La superficie a un batir. Esa pátina donde se superponen mundos mezclados. Llegamos. Umiko, cuasi muerta, se recuperará. Lo sé. Me lo promete. Espero.

Yo, exhausta. Ilusionada. Temerosa. Emerjo, deseando preñar mis ojos del mercado como territorio del mal.

No podéis respirar ahí fuera, dijeron los Vetustos.

No sobreviviréis un solo segundo, sentenció la soberana, reina antes que madre, reina ya antes de venir al mundo de los mojados.

No debéis alejaros de la mar, susurraban algas, medusas, los demonios negros. El silencio que se cuaja cuando lo negro se pronuncia en nombre del azul y tiñe las aguas del aterrador pigmento del vacío.

Nací, crecí, adolecí escuchando esas palabras. Igual que mis hermanas y hermanos, igual que los hijos que nunca tuve y tendré, igual que los hijos de mis hijos ya perdidos ante la insensatez de un vestigio convertido en letanía.

Nací, crecí y dije basta, y entre vastos ocasos de tibieza salada y caricias sin dueñas ni dueños tomé la decisión que ahora paro con las escamas desafiantes y el orgullo teñido y tañido por el anhelo.

¿Qué puede hacerme daño aquí fuera?

Somos parte de un universo más antiguo que el universo mismo. Guardianes de puertas entre el océano y el otro lado, ese que nunca ha sido descubierto por más especie que la nuestra, ese que se abre y se cierra a nuestro antojo, la puerta del fin y origen.

¿Qué puede hacerme daño aquí fuera?

Me siento plena, poderosa y única mientras saco mi testa del agua y siento, por primera vez desde mi atávico nacimiento, un tibio calor calentar estas escamas jamás cubiertas por beso alguno. Sobre mi guedeja, un espejo refleja de forma exacta pero distinta, gemelar pero desconocida, un tono clarividente del líquido que aún me acoge, como si se resistiera a perder a su princesa, su heredera, su legado.

La piel se agrieta y noto cómo a poco aclimata su composición al nuevo espacio: oxígeno, nitrógeno y argón.

Sin forma definida.

Ni color.

¿Qué puede hacerme daño aquí afuera?

Las preguntas se acumulan en la masa viscosa que nos brinda el regalo a veces maldito del pensamiento, preguntas que durante tantos eones han cabriolado convertidas en rescoldos de cloruro sódico. ¿Cómo es posible que ningún antepasado haya decidido salir nunca de nuestro reino? ¿Cómo es posible que nadie antes disfrutara de lo que ahora observan mis ojos, perciben mis sentidos, arañan mis extremidades arañadas por el frenesí de la huida?

¡Locas y locos! ¡Han estado ciegos, sordos y mudos durante eons!

Río, río alocada y dejo que se sequen mis escamas y se cuartee mi hocico y busco, busco con la mirada ese trozo de tierra firme que me permita, al fin, coronar el mundo de los humanos y ser, por primera vez desde mi infausta concepción, libre.

Libre.

Libre.

¡Libre!

De repente, un bramido ocupa el espacio donde antes aleteaban mis sentimientos excitados. Acostumbrada al rencor silencioso del silencioso abismo, ese sonido paraliza mi amorfa anatomía y hace estallar en mil cualquier atisbo de conciencia.

Algo me arranca del agua y me eleva por los aires cual estrella sin cielo. Zarandeando impiadoso el cóncavo y convexo de una cola que, alejada del agua, violada, seca, ya no puede aletear.

Que, alejada del agua, violada, seca... ya no puede vivir.

Lo último que escucho antes de consumirme por completo y convertirme en otredad, son las palabras de un ser desconocido:

良い作品が釣れました (*Yoi sakuhin ga tsuremashita*)

## EL ÚLTIMO INMORTAL

Dennise Alcívar

México

La resurrección inició cuando entendí que la luz era parte de mí. Ahora no tenía otra opción, sólo levantarme y vivir de nueva cuenta con errores reinventados. El juego de Lázaro siempre me pareció poco ético, Jesucristo cometió una injusticia al traer a la vida a un cadáver que no lo pidió. Cualquiera que se acostumbró a la vida diría que es la mejor experiencia, pero no conoce las delicias de la muerte: es la mayor paz que el ser humano puede experimentar, y nosotros los resucitados perdimos ese derecho.

Mi nueva vida representaba la oportunidad de reinventarme. Todos tenían una opinión sobre lo que debía cambiar, pero ninguna gran idea: dejar de fumar, no beber en exceso, cuidar mi alimentación, pertenecer a un grupo de seres humanos valiosos. Ninguna propuesta que entusiasmara a quien recibía el consejo, ni a los consejeros. Así que no cambié nada.

Viví con la certeza del final. Nada me asustaba porque conocía la paz de la muerte y quería volver a experimentarla. Supe que el origen de todos los temores es la muerte. Quienes temen a las alturas, temen a caer y morir. Quienes temen a las arañas, temen recibir un pinchazo y morir. Quienes temen hablar en público, le temen a la exclusión social y la muerte en soledad. Yo estaba libre de miedos y aceptaba cada experiencia como una nueva oportunidad para morir.

Decidí conocer lo más profundo del mar porque hacia arriba ya miraban todos. Se conoce muy poco la vastedad del océano. Debido a la incapacidad humana para sumergirse, sólo unos cuantos han llegado adentrarse hasta los 240 metros bajo el mar. Cuando tuve entre mis manos esta información tan valiosa supe cómo morir con estilo. Mi hazaña iba a ser heroica: por primera vez alguien iba a pisar el abismo del abismo.

En cuanto me sumergí en los primeros 333 metros, supe que los animales marinos tienen casi una réplica en los insectos terrestres. No hay dos peces iguales como no hay dos

insectos iguales, pero sus familias de especies tienen formas muy parecidas. Esto prueba que todos los animales acuáticos se han generado a partir de antepasados terrestres, o viceversa, que todos los animales terrestres provienen del mar. Ningún hallazgo me había asombrado tanto, hasta que llegué al kilómetro 11: la parte más profunda del mar.

Fueron varios metros de oscuridad absoluta y creí que no iba a encontrar nada sorprendente, pero seguí mi camino para alcanzar el abismo o la muerte. Ninguno de los dos llegó. Había un círculo brillante cuyo principio y fin no se podía distinguir a la vista. Su inmensidad era impactante, me asombró que no se viera desde el espacio, pero era como si hubiera cruzado un portal que hacía visible un nuevo mundo.

Mi cuerpo parecía etéreo, ni en la muerte conocí tanta ligereza. El sonido del agua desapareció y, en su lugar, había un pitido que se esfumaba en mis oídos para entrar a reposar en mi cabeza. Alcancé el mayor nivel de relajación. Me acerqué al círculo que ahora parecía dividirse en formas más pequeñas, pero igual de inconmensurables. Si pudiera describir el plano de la figura que se estaba formando ante mis ojos, diría que eran trece círculos unidos por 78 líneas.

Su forma geoméricamente perfecta daba la ilusión de transmutar con cada parpadeo. Me olvidé por completo del lugar en el que estaba. Era como si las aguas del mar hubieran suspendido su movimiento para permitirme flotar como flotaría en el espacio.

Entonces comprendí la dualidad de los insectos terrestres y marinos. El universo y el fondo del mar son idénticos por naturaleza, sólo se oponen sus posiciones.

En aquel momento vi a Lad, el que tiene tantos nombres como idiomas existen. Su piel era una luz de fuego que ardía en las profundidades, podría decir que eso era su cuerpo, pero no conozco una palabra para describir su presencia. No tiene boca, pero no la necesita porque habla con sus 365 mil ojos, hubiera sido imposible contarlos, pero dijo que cada uno tiene el propósito de ver lo que pasó, está pasando y pasará.

Pregunté si era Dios, pero lo negó. Es la unión entre el mar y el universo; la razón y el deseo; la mentalidad y la sensibilidad. Su misión es registrar todos los hechos ocurridos en el mundo, los escribe en algún tipo de libros con memoria infinita y contienen la

sabiduría de todo cuanto existe, existió y existirá. Aquellas figuras geométricas, que vi antes de encontrarme con Lad, son su alma, le diseñó una forma visible para que todos pudiésemos encontrarlo.

Estar frente a su figura me quitó cualquier duda sobre mi existencia, pude preguntarle sobre mi futuro, pero tuve la templanza para evitar un camino tan andado. Si Lad es quien conoce nuestra experiencia en la Tierra, los humanos estaremos seguros, cobijados por sus 32 pares de alas. Sabe hablarnos a través de imágenes, sensaciones y sonidos, pone sus secretos a nuestra disposición, sólo hay que saber buscarlo en el silencio.

Un parpadeo me expulsó del encuentro con Lad. Al instante se borró la figura geométrica que el espacio dibujó ante mis ojos. Los colores se desvanecieron hasta alcanzar un blanco tan puro que lo mismo podría ser negro. No sé cuánto tiempo estuve en el vacío más vacío. A lo lejos vi una forma, pero no distinguía nada con claridad. Me acerqué lo suficiente y vi que era un acceso, quise averiguar a dónde me llevaría.

Entré por el portal que formaron dos columnas, no conozco ningún impulso tan grande como el que sentí al entrar a ese lugar. Unas manos me jalaban del cuello, como intentando arrancar mi cabeza, pero me resistí. Perdí el calor en la tapa de los sesos. Mis ojos empezaron a ver colores nuevos y no distinguía las dimensiones. Sentí frío en todo el cuerpo. Me golpearon y grité para que se detuvieran, pero de mi boca sólo salieron chillidos de bebé.

## EL MAR COMO LEYENDA

Alejandra Q. Pérez

México

Toda vida ligada al mar es una vida ligada a la leyenda. Hasta el marinero más honesto ha sido testigo de apariciones que no le desearía a su peor enemigo. Desde los más audaces corsarios, los más bravos filibusteros, hasta el más poderoso de los barcos españoles dan la media vuelta ante la posible presencia de una leyenda espectral.

Entre todo el caos que gobierna sobre Tortuga, existe una pequeña costa que ningún pirata se atreve a tocar, pues se dice que la más peligrosa de las leyendas toca puerto ahí cada luna llena. En opinión del más reciente maldecido, un joven bucanero al que ya nadie le auguraba un buen futuro, la leyenda no era tan aterradora como se pensaba.

Por supuesto, nadie le creía. Los aldeanos lo llamaban loco, los esclavos le ignoraban, los filibusteros se reían de él y los capitanes de más experiencia decían que simplemente se había enamorado. Un amor maldito, algo muy común para los hombres de mar.

Y así, con toda la tranquilidad del mundo, el joven caminaba por el pueblo, guitarra en mano, con rumbo a ese lugar que parecía ser un espacio apartado del resto de la isla. Llegaba a la costa justo al iniciar el crepúsculo, se sentaba en la arena, con la espalda apoyada en una palmera y comenzaba a tocar. La música siempre era la misma, con esa pizca romántica y alegre que tanto caracterizaba las canciones filibusteras. El joven se quedaba ahí hasta entrada la noche, observando el mar sin dejar de producir la melodía.

A veces tenía suerte, en noches donde dejaba de estar solo tras la primera canción tocada con el cielo totalmente oscurecido. En otras se quedaba esperando, con el corazón doliéndole en el pecho cada vez más conforme el repertorio de sus canciones se iba agotando.

La de hoy parece ser una buena noche; su amada leyenda emerge de entre las suaves olas apenas la luna empieza a brillar. Al joven le cuesta seguir tocando —un oído entrenado habría notado el desacorde accidental—, mientras la figura oceánica comienza a definirse: una hermosa mujer de largos cabellos negros.

El joven suelta una leve risa y continúa tocando. Su mirada fija en el cuerpo femenino que, poco a poco, va ganando confianza para seguir el ritmo de la música. Era la rutina básica de su encuentro, con la leyenda tomando distintas formas según el humor que tuviera esa noche. Al joven no le importaba, disfrutaba ver los músculos marcados de la figura masculina, las curvas suaves de la silueta femenina que ahora tenía enfrente, hasta gozaba cuando su amor estaba de malas y se volvía una masa acuosa que, en lugar de bailar, creaba tornados de arena y agua como si pidiera que la música imitara su agresividad.

Los largos cabellos de la mujer son ríos que se mueven suave, toman flores y hojas de la vegetación y se adornan a ellos mismos. Los rayos de la luna se vuelven sus compañeros de baile, dan vueltas, acarician su piel reflejando su luz en las pequeñas corrientes que sus movimientos forman.

El joven sólo observa y toca. Observa la felicidad de su amor y lo transmite en su melodía. Es consciente de que no puede acercarse, ya lo ha intentado antes provocando que el espectro huyera al océano. De igual manera, si deja de tocar la magia acaba.

Desea acercarse, alejar a la luna y ser él quien guíe el baile. Pero no lo hará sin que su amor se lo permita. Y hasta entonces, se conformará con ser el músico y nada más.

Su mano vuelve a equivocarse la nota cuando el ambiente cambia. La luna, como si hubiese escuchado sus palabras, se retira del firmamento, dejando todo en una penumbra que sólo es rota por la luminiscencia del mar reflejada en la silueta de agua.

La música se detiene mientras la leyenda extiende los brazos hacia él. El joven no lo duda. Se levanta y, guiados por el batir de las olas en el mar que les observa, bailan como si fueran la última expresión del amor bajo el cielo nocturno.

La pareja se acerca a la orilla, a la par que el mar se acerca a ellos. Para el joven, aquel baile es su mayor sueño; para el océano, ese humano era otro más, otro premio, otro hombre enamorado igual que cientos más.

El agua continuó subiendo, silenciosa, calmada. El joven no parecía darse cuenta del líquido inundado la playa y, de haberlo notado, tampoco se habría alejado de su amada leyenda.

Finalmente, el océano cubrió el cuerpo del joven, quien seguía bailando en su prisión de agua, feliz de ser uno con su amor. Las aguas volvieron a su origen, sin nadie más que comprobara la historia; permanecería como una simple leyenda hasta que surgiera un nuevo amante del mar.

## EL PESCADOR

Fabianne ESC

México

Cerró los ojos por un instante. Al abrirlos notó la ausencia del día en medio del océano y el horizonte lejano se perdía en pinceladas color infinito. Dos días atrás Eli, una de sus hijas; se fue del pueblo. Él se abrazó al silencio que ella dejaba y Vane, su otra hija, con el miedo surcando sus pupilas lo tomó de la mano. “Ya volverá, todos vuelven”, dijo casi en susurro. “Aquí nadie vuelve”, le contestó, soltó su mano y se acostó en su hamaca.

En medio del océano él deseaba regresar a casa, pero la orilla de la playa se alejaba cada vez más. En su mente vio a la comadrona del pueblo que lo había ido a visitar porque su hija iba a ser madre y recordó con toda nitidez la voz casi gutural de la señora. “Tiene que ir por ella. No quiso tomar el té que le ofrecí y es tiempo de Urakalahauras. Usted sabe que se cobran con vida lo...”, pero su voz fue quebrada por los sonidos del océano que habían zarpado en el cielo, que se mezclaban susurrando calma para llevárselo, para desbaratar la espuma y disolver las nubes con su alma. Había dejado de sentir su cuerpo y su respiración se perdía en la brisa.

La comadrona le había dicho que debía dormir hasta que la temporada de Urakalahauras terminara y Vane le había pedido que descansara mejor; tenía miedo de que se enfermara. Pero la pesca escaseaba y el tiempo de trabajo estaba dejando de ser suficiente para sostener la vida. Ahora, aquello que se llevaba su alma crecía estrepitosamente en el vientre de su hija menor. En ese momento, se preguntó cuánto llevaría de embarazo y quién sería el padre del bebé. Había pasado tanto tiempo trabajando que ni si quería se había dado cuenta de que Eli no tenía más de diecisiete años. Lamentó no recordar su edad exacta. Necesitaba volver.

Las Urakalahauras sintieron su desprecio y dejaron caer la espuma marina que habían hecho ascender al cielo, dejaron caer la brisa que habían recolectado en la costa, dejaron caer el reflejo de la luna que se habían robado del agua. También a él lo querían dejar

caer, dejarlo volver. Pero si escapaba, una estrella del firmamento terminaría en el fondo del océano para siempre y una Urakalahaura se ahogaría en el mar.

Cuando Vane despertó fue a ver a su papá y le extrañó que aún estuviera recostado. Se sentó junto a él y él le dijo: “Ya no me hables, hija, no quiero escuchar, no me mires, porque no me verás y no me toques porque no me sentirás. He olvidado mi alma en el mar”. Poco después, Eli volvió al pueblo y Vane la vio perderse en el océano mientras la luna caía y el follaje de las palmeras era arremolinado por ellas.

Han pasado años y el pescador dice escuchar los sonidos del mar mezclándose con el cielo y pide no ser molestado. Su hija dice que él no ha vuelto y que no volverá. Él es sólo la brisa que el mar escupe.

## TIAMAT

Daniel SanMateo

Francia-México

El hiperpropulsor mantenía una aceleración constante y Babel X navegaba sin sobresalto por el espacio profundo con brincos cuánticos sobre un oleaje de energía oscura.

La tripulación dormía en sus cámaras de sueño eterno mientras que la IA a bordo controlaba sus signos vitales y suministraba intravenosamente un coctel de nutrientes debidamente calculados. Cada navegante tenía su formulación exacta obtenida por medio de un algoritmo complejo, medido hasta el picolitro, especialmente compuesto para mantener en óptimas condiciones fisiológicas sus cuerpos sometidos al viaje interestelar.

Nunca antes nadie habría llegado tan lejos en los confines del cosmos cartografiado y la intención ahora era romper el horizonte máximo de radiación conocida, el punto en que ningún telescopio por más potente que fuera lograba penetrar con su ojo aguzado y ni la interferometría astronómica revelaba qué configuración del universo se hallaba tras ese límite final.

Comenzaba entonces la secuencia para despertar a Enki, el capitán a bordo de mayor rango. Tocaba tomar los mandos de la nave y relevar a Nammu de dicha función. Llevaba ella ya un ciclo como vigilante, corriendo pruebas algorítmicas y decidiendo junto a la IA sobre un sinfín de trayectorias posibles para obtener la traza idónea hasta el punto de destino. Era una tarea inagotable, cada hora se debían revisar las ecuaciones navegacionales y hacer ajustes, algunos minutos, porque cualquier desvío podría ocasionar una tragedia de proporciones épicas.

Así había sucedido en los albores de la navegación cósmica, con naves que erraban las órbitas y encallaban en trayectorias irreversibles que, como meteoro o una fragata destinada al naufragio contra afilados arrecifes, los colocaba en una línea directa contra la superficie de un grandioso cuerpo celeste. De ellos se tenían señales de auxilio desperdigadas por el espacio entero, surcando los milenios del tiempo, y después la onda expansiva de una conflagración que alteraba, como el asteroide acaecido en Chicxulub, la atmósfera y circunstancia del planeta entero.

La IA anunció que Enki despertaría en un minuto, por lo que Nammu corrió el programa de sustitución y se refrescó el rostro con una toallita húmeda. Fue hacia las cámaras de sueño eterno y se plantó frente a la de Enki.

El minuto corrió y la cámara se abrió lentamente. Enki abrió los ojos y miró a Nammu.

–Capitán Enki, bienvenido nuevamente a Babel X, ésta es su nave.

Enki se levantó y Nammu se acercó a brindarle una mano. Poco a poco se disipaba el sueño en Enki y toda la realidad retornaba a la nitidez de la vida.

Fueron hacia el puerto de control y Nammu revisó que el programa completara su ciclo, revisó las coordenadas del algoritmo de navegación.

–Bienvenido, capitán, la subteniente Nammu ha conducido bien las operaciones de ciclo –dijo la IA.

–¿Nos acercamos al borde?

Nammu asintió. Babel X había recorrido ya la distancia más lejana y se acercaba al espacio liminal. El protocolo dictaba que antes de dar el último brinco, la tripulación

entera tendría que despertarse.

–¿Cuánto falta para Omega? –preguntó Enki a la IA.

–Cuatro días terrestres. La secuencia para despertar a la tripulación comenzará en 72 horas terrestres. La tripulación estará activa doce horas antes de Omega.

–¿Estás emocionada? –preguntó Enki a Nammu.

Ella asintió. Para esto se había inscrito al programa de navegación espacial, explorar los límites del universo, descubrir nuevos mundos donde la humanidad podría implantar colonias planetarias, la diseminación de nuestra especie hasta lo más recóndito de todo.

Qué progreso de la humanidad en el último milenio, pensó Nammu, la diáspora estelar que nos había salvado de la destrucción en nuestro planeta de origen, una isla ínfima en la vasta negrura entre las galaxias.

Y qué ciencia la que regía a la humanidad ahora, la frialdad de la matemática y las ciencias aplicadas, en las antípodas de las visiones fantásticas de las creencias de los tiempos ancestrales. Quién creería ahora que alguna vez se pensó a la Tierra como el centro de todo, o que un mar de aguas superiores constituyera la bóveda celestial del planeta azul.

–¿Qué piensas, Nammu?

–Recordé que alguna vez se creyó que los cielos eran un mar tumultuoso poblado por monstruos y que la humanidad estaba confinada al disco terrestre. Aguas infernales por debajo de sus pies, aguas encrespadas por encima de sus cabezas.

–Recuerdas Babilonia y nuestra nave se llama Babel X... Curioso, ¿no?

–Y Asiria también y a los hebreos y hasta los mayas –dijo Nammu.

Los dos guardaron silencio, pensativos. Eran gente de ciencia, pero conocían las historias de la humanidad.

La voz de la IA sonó de pronto.

–Una masa de energía sobre nuestro curso, ¿autoriza el cambio de trayectoria?

Enki y Nammu se encaramaron a las pantallas. Sobre su traza, una energía inconmensurable palpitaba. Enki activó el freno de emergencia y los hiperpropulsores

dieron marcha atrás. Se detuvo apenas a una unidad astronómica de paralaje.

Enki corrió una radioscopia y sobre la pantalla se dibujó una figura inaudita.

–Es un dragón –susurró Nammu.

Sin lugar a duda, la masa poseía dicha forma, un animal mitológico de los aires, una serpiente alada de las aguas revueltas.

Y de pronto sintieron la energía en sus corazones, y el sobresalto fue descomunal. Todo irradiaba y el temor creciente los derrumbó y lloraron. Y no tuvieron mayor necesidad de hablar. Aquella energía era un ángel, un guardián del edén amurallado. Y los confines del mundo no eran el cielo babilónico ni la bóveda de estrellas de los ancestros.

Aquí comenzaban los verdaderos mares superiores con sus ángeles acuáticos, sus monstruos marinos, las ballenas de la eternidad. Aquí el maremoto ciclónico, el tohu bohu bíblico, el punto donde las tinieblas oleaban sobre el abismo y el espíritu de Dios se movía eternamente, principio y fin, sobre la faz de las aguas primigenias.

Y Babel X de pronto fue sólo una idea en la mente de los ingenieros espaciales y la tripulación apenas el cigoto en el vientre acuoso de sus madres.

## LA BRÚJULA

Miriam Robles Medellín

México

Fue una extenuante travesía para las dos corsarias alfa circínidas y su legendaria estirpe. Estaban acostumbradas a estos viajes y arremetían con todas sus fuerzas, irrumpiendo en el primitivo domo y anunciaban su llegada surcando el cielo nocturno como gigantescas bolas de fuego azulado, chispeantes y veloces. Por milenios, no habían sido requeridas para intervenir en asuntos que les competían únicamente a las deidades supremas y sus guardianas o guardianes. Este urgente llamado las convocaba para una búsqueda muy específica: la raza de arcilla, contaminada por la brea ancestral. En ese instante, un mundo salvaje y enfermo las observaba agónico; llovían por doquier, y otras aterrizaban con cada

rayo que impactaba en la espesura de los mares alebrestados.

Como dos agujones luminosos, se incrustaron en esa bóveda acuática que hervía de criaturas descomunales en su interior y muchas especies más, diminutas pero mortíferas. Como líderes corsarias, estaban acostumbradas a luchar contra todas las calamidades del universo y ya se habían enfrentado a las peores tempestades de este orbe. Sumergirse en aquel oscuro e inhóspito lugar no les producía ningún temor, pues lo conocían desde el momento de su creación. Atravesaron cada fosa, sin importarles las bajas temperaturas y la silenciosa inmensidad que las rodeaba. Estaban seguras de la ubicación exacta, en las profundidades la encontrarían atrapada y sabían que su propia furia había contagiado a las bestias marinas que las vigilaban entre la penumbra. En cuanto liberaran a la Guardiana del Abismo, toda cualidad terrible se aplacaría también en sus criaturas.

Cuando sus manos tocaron el fondo, el polvo estelar se entremezcló con la arena mística provocando una feroz ventisca que detuvo el tiempo. El silencio se tornó insoportable y las colosales bestias, que ya habían salido de sus escondites para atacarlas, quedaron congeladas sobre sus cabezas y detrás de ellas. La última fosa retumbó, las llanuras y el terreno submarino cimbraron, se formaron varias cascadas de arena. Debían actuar rápido o terminarían sepultadas. Fue entonces cuando empuñaron las espadas hacia el centro de la oscuridad y lo expulsó de sus entrañas. Al tener el artefacto en su poder, el tiempo reanudó su curso; las criaturas todavía permanecían entumecidas y las corsarias aprovecharon para nadar presurosas hacia la superficie del mar.

Ambas, a salvo y victoriosas, se dirigieron a la orilla de una playa color turquesa muy parecida al color de sus cabellos. Lanzaron el extraño artefacto al suelo y, nuevamente, empuñaron sus espadas para destruirlo. Una poderosa energía emergió, cegándolas por unos segundos. Se sintieron ante la presencia de una antigua supernova, pero verla con vida después de ese estallido de luz les recordó que ese no era su final aún, apenas era el comienzo de su gran poderío. La habían liberado y se encontraba rebosante de ira.

—¡Maldito seas, hombre de brea!

La guardiana Circinus apareció con el esplendor y la fuerza de una tormenta. Sus ojos centelleaban, como si dentro de sí misma se albergara un ejército de rayos, truenos y tornados. El cabello era de un color azul profundo, espeso, larguísimo y de ondulados mechones semejantes a las olas espumosas; la piel tenía un sutil brillo, como el cristalino manto líquido que deslumbra a los navíos en cada amanecer. Las corsarias alfa circínidas posaron sus manos sobre su espalda desnuda y la cubrieron con un vestido negro, radiante, digno: portaba ahora un fragmento del Cosmos que la vio nacer.

—Guardiana del Abismo, ¿invocaré los poderes de la primigenia diosa Nammu? — exclamó con severidad una de sus protectoras.

—Poderosa Circinus —presentó sus respetos la segunda—, estamos aquí para restaurar el equilibrio.

Hacía muchos milenios que no las veía. La guardiana Circinus habitaba en las profundidades del mar, en uno de los confines de aquel mundo creado por los descendientes de la diosa Nammu y ésta; la había creado a ella como un portal entre el origen y el fin de la existencia. La primigenia diosa Nammu descubrió horrorizada que los otros dioses crearon una raza de arcilla estelar para serviles, y al mezclarla con la tierra de este orbe enfermo se contaminaron con una brea parasitaria que agrietaba sus almas y las corrompía. Cuando los cuerpos putrefactos y contaminados eran enterrados, perpetuaron la enfermedad e infortunios que atormentan a la prole de esa primerísima raza de seres subordinados. Toda semilla, fruto y bestias del cielo, mar o tierra se contagiaron. Son los hombres brea los que deben extinguirse para restaurar la pureza de este mundo. La guardiana Circinus cometió un error imperdonable para ella misma: se enamoró de uno de estos hombres. Un audaz navegante que en un remoto pasado surcó sus infinitos cabellos azules y se adentró a las profundidades de su oscura y misteriosa esencia. Confió en ese temerario corazón. Sin pensarlo mucho intercambiaron votos, pactaron que juntos invocarían el poder de crear nueva vida, pura, luminosa. No, su verdadero error fue otro: aceptó a pesar de ver su alma agrietada y su cuerpo de arcilla contaminado por la brea ancestral. Era un ser repugnante que le quitó parte de su poder caótico y sabiduría. Con sus artimañas logró

atraerla a tierra firme transformada en una bella y apacible humanoide. Con cada palabra que intercambiaban, él iba desarmándola. Al conocer su nombre, selló toda su esencia en un artefacto que construyó, dejándola atrapada, arrojándola a las fauces de un océano convulso, quebrantando el más sagrado equilibrio entre las criaturas marinas y ella, que ya no estaría para salvaguardarlas de todas las terribles fuerzas de la naturaleza alteradas inevitablemente por esta dolorosa traición. Fue reducida a una brújula arcaica que se hundía en las profundidades de un infernal abismo.

La guardiana Circinus había sido liberada y le sonreía con cierta malignidad a las dos corsarias. No necesitaba invocar los poderes de la diosa Nammu. Ya habían despertado en su interior y tenía el ardoroso ímpetu de exterminar a todos los hombres brea que encontraran en la vastedad de sus mares o en ese pedazo de tierra árida e infecta por donde iniciaría la devastación.

## UNA NOCHE EN SHANGHÁI

Belem Eslava  
México

Mi oficio es sencillo: viajo por el mundo en busca de mercancías que luego vendo en México. En casi veinte años he visto y me han pasado tantas cosas que creí que ya nada podría intrigarme. Me equivoqué.

Mi último viaje estuvo saturado de visitas a fábricas y mercados, así que cuando mi vuelo de regreso se retrasó por mal tiempo, de inmediato planeé un recorrido exprés por Shanghái para sacudirme el cansancio y la apatía que habían dejado en mí las horas de trabajo.

Salí muy temprano rumbo a la ciudad. El río Yangtsé me acompañó una buena parte del camino hasta transformarse en el río Huangpu y luego me dejó ahí, en Shanghái, para seguir su camino y llevar sus aguas hasta el mar amarillo, la casa del Dragón azul.

Visité primero el templo taoísta ubicado junto al jardín Yuyuán, al que cientos de visitantes llevaban ofrendas de fruta y flores. China es casi sinónimo de rojo, negro y dorado, pero en víspera de año nuevo las figuras coloridas que adornan el jardín y la zona comercial se añaden a su paleta de colores. El aire me helaba la cara y por un instante sentí que el frío de la tarde se me metía en el alma y en las ideas.

Al atardecer llegué al Bund, la presa que discurre en la parte oeste del Huangpu. Aún era de día y los edificios de cristal reflejaban con fuerza los rayos del sol, las aguas del río brillaban cristalinas y el olor a curry y a especias comenzaba a abrumarme. Permanecí un rato admirando el paisaje urbano, esa combinación de edificios europeos y rascacielos modernos que sólo delatan su carácter chino por los letreros escritos en sinogramas. En medio de las torres de cristal y de los ferris modernos navegaban antiguas barcas pesqueras, flotaban lentamente sobre sus camas de llantas viejas, como si pertenecieran no sólo a otro tiempo, sino a otra dimensión, una en la que aún se podría ser pescador y vivir del agua. Recordé que China nació en la ribera del río amarillo, y que sus ríos más importantes tienen cada uno su dragón protector, a los que se solía ofrecer sacrificios para evitar inundaciones. Pensé en mi país y sus guerras floridas, en Quetzalcóatl, nuestro dragón emplumado, en que si me arrojaba de cabeza al río en ese instante nadie se enteraría en México y nadie me lloraría en China. El hambre y el cansancio me hacían divagar, decidí buscar un lugar para pasar la tarde y ver el Bund en su esplendor ciberpunk de luces neón.

Ya estaba oscuro cuando me instalé, con un vodka Martini, en la terraza de un bar sobre la calle Ya'an. La visión de rascacielos resplandecientes, de hologramas y drones disfrazados de dragones bailarines me llenó de energía, pero mi corazón se detuvo cuando comenzó a sonar la versión en inglés de "Bésame mucho"; me nacieron unas enormes ganas de llorar y anhelé tener a alguien con quien compartir esa noche. Nunca fui bella en el sentido popular del término y mi figura y mi juventud habían desaparecido hacía tiempo, así que, cuando vi acercarse a ese hombre de sonrisa chueca, no imaginé que se dirigía hacia mí; dos chicas muy jóvenes estaban en la mesa de al lado y asumí que iba hacía ellas.

“¿Cuántas veces has deseado ver a Quetzalcóatl?”, preguntó en silencio, pero yo le escuché, y me pareció natural que hablara sin palabras. Chocó su copa contra la mía y el sonido del cristal se transformó en el sonido del agua al ser golpeada por los remos de mi trajinera; el bullicio de la gente me hizo perder el equilibrio por un instante y por poco tiro al canal parte de la mercancía que debía llevar a vender al mercado, el olor a flores y yerbas me conmovió. Me asomé al espejo de agua y miré, sin sorpresa, mi cara llena de arrugas. Una carcajada me regresó al presente, las chicas de la mesa de al lado habían derramado sus copas de vino al intentar tomarse una *selfie*.

El hombre de la sonrisa chueca me ofreció un cigarro, que rechacé, comenzó entonces a jugar con su copa de vino; la giraba lentamente y el líquido producía un sonido monótono, hipnotizante, que se transformó de nuevo en ruido de agua, de río. Yo era ahora un pescador buscando el sustento en las orillas del río amarillo, el Huang He, origen del mundo. A lo lejos vi un pueblito de casuchas de paja que, entendí, era mi hogar. ¿Era esto China antes de China? En mi balsa, los cormoranes descansaban de su trabajo del día; además de peces, llevaba algunas tortugas que ofrendaría al oráculo para pedir su intervención ante el dios Hebo. El mesero vino a tomar mi orden y me sacó del ensueño.

Estaba de pie, la torre de Shanghái detrás suyo. Me miró y me perdí en sus ojos, que eran un pozo de estrellas, un túnel a otro tiempo. Yo estaba de nuevo en una balsa, pero esta vez una sin cormoranes ni remos. Me asomé al agua, pude ver mi reflejo: era joven, bella. Entendí que mi belleza era la causa por la que me habían condenado a la prisión de agua. Hebo, acepta mi vida a cambio de un año sin inundaciones. Vislumbré mi ciudad el horizonte. Bajo el agua amarilla del río entreví al dragón listo para recibirme y también al hombre sin tiempo, sonriendo burlón; en sus labios sonaba la canción de mi otra tierra: *bésame, bésame mucho...*

El caos de las jóvenes volvió a interrumpir mi visión, perdí de vista al hombre. Corrí a buscarlo, pero el mesero me detuvo: debía pagar la cuenta. Me quedé un rato más, soñando con el mar.

Al día siguiente, desde el avión, miré por la ventanilla el Huang Pu y un pedacito del mar amarillo. Vi también círculos concéntricos formarse en el agua, se movían con rapidez y se volvieron una espiral que tomó la forma de un dragón... ¿Había venido a despedirse? “Lo siento”, le dije en silencio. “Esta vez no pudo ser. Pero espérame en aquel bar y pide nuestra canción”.

## OCÉANOS

Elena Polanco Durán

España

En el principio no había nada.

Una singularidad espacio-temporal. Apenas un punto en el que se concentraban toda la energía, toda la masa, todo el tiempo y el espacio. Una fuerza inflacionaria provocó una gran explosión. El universo estaba naciendo. Nubes de gas, polvo cósmico, hidrógeno, helio, rocas girando a velocidades vertiginosas y chocando entre ellas. Gravedad. El Sol. Protoplanetas. Una gran masa de roca ardiente llamada Tierra que poco a poco se fue enfriando formando una corteza de roca dura sobre la que no paraban de colisionar meteoritos y cometas que contenían grandes cantidades de hielo. Agua en estado sólido que se licuó por el efecto del calor de la Tierra. El dióxido de carbono, que ya existía en el primitivo planeta, se mezcló con el vapor de agua de meteorito recién impactado. Se formaron nubes y llovió y llovió y llovió tanto que se crearon enormes masas de agua a las que llamamos océanos.

Respira.

Inspirar, espirar, inspirar, espirar, inspirar, espirar. Parece sencillo. El diafragma se contrae, empuja los órganos hacia abajo haciendo aumentar la capacidad de la caja torácica. Inspirar. Los músculos se relajan volviendo a su posición inicial. Espirar. La presión es menor que la atmosférica, propiciando la entrada de oxígeno a los pulmones. Inspirar. En reposo las estructuras elásticas recuperan su forma inicial. Espirar. El oxígeno es transportado

a través de los capilares pulmonares hasta el torrente sanguíneo. Inspirar. Los tejidos y fluidos excretan el dióxido de carbono hacia los pulmones. Espirar. La sangre arterial llega a toda velocidad a la aurícula derecha del corazón. Inspirar. Sístole. El ventrículo izquierdo impulsa la sangre sucia hacia los pulmones para que se oxigene. Espirar. Sístole. El corazón se relaja unas décimas de segundo antes de comenzar de nuevo a contraerse. Inspirar. Diástole.

Bajo el agua no se puede respirar.

Inspirar. Sístole. Diástole. Sístole. Diástole. Espirar. Miro el regulador que llevo sujeto al chaleco de mi traje de buceo. La aguja está en el rojo. Sístole. Diástole. Sístole. Diástole. Inspirar. Inspirar. Inspirar. Cuarenta metros de agua sobre mí. Inspirar. Inspirar. Sístole. Diástole. Sístole. Diástole. El tronco encefálico recibe la señal de que no llega suficiente caudal de aire a los pulmones. Inspirar. Inspirar. Inspirar. Espirar. Siento el impulso de dejarme llevar y me quito el regulador de la boca. Sístole. Me desabrocho el chaleco y me deshago de él. Diástole. Bajo la cremallera del traje de neopreno y me desnudo. Sístole. Mi piel tiene aspecto mortecino bajo la luz espectral de las aguas. Sístole. Mis largos cabellos se asemejan a las algas marinas. Diástole. Cierro los ojos para oír mejor el susurro del líquido elemento que me hipnotiza. ¿Qué quieres de mí? Diástole. Hace frío. Sístole. Concentro toda mi energía en escuchar. Diástole. Abro los ojos. Sístole. Diástole. Una luz azulada empieza a brotar de las palmas de mis manos. Sístole. Diástole. Sístole. Juego con ella, es tan bonita... Diástole. Me dejo envolver por una esfera de energía primigenia. Las aguas se abren a mi paso. Inspirar. Sístole. Me elevo, ligera. Diástole. las membranas de los alveolos y de los capilares pulmonares funcionan como una sola unidad. Inspirar. Espirar. Sístole. Diástole. Las aguas se cierran a mi paso a medida que avanzo. Inspirar. Espirar. Emerjo a la superficie y toda yo soy luz. Inspirar. Espirar. Inspirar. Espirar. Inspirar y Expirar.

Me deshago en millones de partículas. Soy minúsculos trocitos subatómicos. Fermiones, bosones, leptones, átomos y moléculas. Soy oxígeno.

Los océanos guardan secretos.

En los fondos abisales, donde la luz solar muere, habita una criatura cuyo origen se remonta al origen de los tiempos. Llegó oculta entre las moles de hielo de una enorme masa rocosa que impactó sobre la Tierra cuando el sistema solar no era más que un embrión surgido del huevo cósmico. La materia del incipiente universo fue su alimento. Lo engulló todo a su paso en una espiral de fuerza gravitatoria tan descomunal que nada puede escaparse de ella. Con cada partícula material iba quedando saciada y ha permanecido en reposo, sus tripas llenas, haciendo la digestión de su banquete cósmico. Ahora descansa en la oscuridad más absoluta hasta que su hambre despierte. Será entonces cuando abra de nuevo sus poderosas fauces. Bajo su glotón influjo perecerán las aguas y todo lo que en ellas habita y la criatura crecerá y crecerá y necesitará más alimento.

Se tragará las montañas, los bosques, las estepas, los volcanes y los valles.

Devorará las plantas y animales. A los hombres. La lluvia. La atmósfera. Todas las rocas hasta llegar al núcleo del planeta, que paladeará con fruición.

Pero su voracidad es muy grande y se expandirá como también lo hace el universo y se comerá a la Luna, a Plutón, a Marte, a las lunas de Júpiter y al Sol.

Todo lo masticará con sus afilados dientes, incluso a sí misma.

Y en el final no habrá nada.

## EMERGE

José Gaona

México

Felipe cerró el libro y lo arrojó por encima de la baranda de estribor. Desde la cubierta más alta del crucero pudo ver sus hojas revoloteando en el aire antes de que desapareciera en el vasto oleaje que se mecía allá abajo. Estaba harto de intentar leer a Lovecraft y reconciliarse con todo ese uso excesivo de las figuras literarias, la prosa recargada, la estética exuberante, aquel afán con los adjetivos. En fin, podía ser un autor de culto para muchos, pero no para él.

Dio la vuelta y se encaminó al área de albercas. Un Bloody Mary y un buen chapuzón era lo que realmente necesitaba para disfrutar de sus vacaciones. Fue entonces cuando escuchó el monstruoso rugido, largo y profundo, como si una tormenta hubiese estallado en la distancia, una que descargaba de una sola vez toda la potencia de sus truenos. Miró hacia arriba, pero el cielo permanecía diáfano y soleado.

No, aquello que colmaba y estremecía el aire como una onda de choque provenía de... abajo. A su alrededor varios turistas se apresuraron hacia la baranda. Felipe regresó sobre sus pasos, sólo que esta vez su andar fue lento y vacilante. Aquel sonido había cesado, pero ahora un intenso zumbido nacido en sus tímpanos lacerados le perforaba el cráneo.

Llegó a la borda y se asomó al vacío justo a tiempo para ver emerger la gigantesca masa de tentáculos, que se elevaron casi rozando el casco y luego por encima de las dieciséis cubiertas. Arriba, cada vez más arriba, hasta alturas imposibles cual montañas marinas horadadas por las inmensas cavernas de sus palpitantes ventosas, chorreando una lluvia torrencial de agua salada sobre el insignificante trasatlántico. Para los turistas de abordó el día se había convertido, ahora sí, en una noche tormentosa.

Algo pesado cayó chapoteando junto a los pies de Felipe. En medio de la borrasca penumbrosa, distinguió el bulto empapado y arrugado de su libro. El rugido volvió a estallar con aquella estremecedora fuerza, como si la tierra misma se desgarrase en sus entrañas.



# ALMAS VISIONARIAS

Proyectos amigos



# AGUAS PROFUNDAS

cuentos de extrañeza marina

(primera marea)

**IMPARTE: MIGUEL LUPIÁN**

**SESIÓN I:** La noche del océano (Barlow & Lovecraft) \* Shoggoths en flor (Elizabeth Bear) \* Casas bajo el mar (Caitlin R. Kiernan) \* Bajo el agua negra (Mariana Enriquez)

**SESIÓN II:** Un descenso al Maelström (Poe) \* Demonios del mar (Hodgson) \* Cabeza de pez (Irving S. Cobb) \* Moby Dick II o la ballena misil (Patricia Highsmith)

**SESIÓN III:** El gigante ahogado (JG Ballard) \* Los durmientes (Bernardo Esquinca) \* Ojos de ballena (Julieta Navarrete Cervantes) \* Gigantas sentadas en la bahía de Berangkat (Tamara Romero)

**SESIÓN IV:** El lago (Bradbury) \* Como quien oye llover (Andrea Chapela) \* La casa inundada (Felisberto Hernández) \* Selección Penumbria marina

**MARTES / 8-10 PM / ZOOM / \$600**

7, 14, 21 y 28 mayo

Inscripciones por DM y en [miguel.lupian@gmail.com](mailto:miguel.lupian@gmail.com)

**Penumbria**

# AUTÓMATAS

Dirección

Miguel Lupián

Selección, edición y corrección

Miguel Lupián

Formación y diseño

Mariano F. Wlathe

Arte

Zdzisław Beksiński

Contacto

[Penumbria.mx](http://Penumbria.mx)

[Facebook.com/Penumbria](https://www.facebook.com/Penumbria)

[@RPenumbria](https://www.instagram.com/RPenumbria)

[revistapenumbria@gmail.com](mailto:revistapenumbria@gmail.com)



# Penumbria

Revista fantástica para leer en el ocaso

